

DE DON RAMON
DE MESONERO.

HEMEROTECA MUNICIPAL
DE MADRID



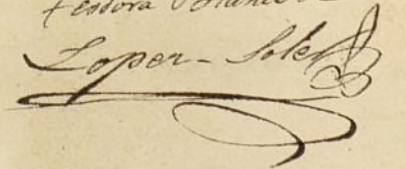
Ayuntamiento de Madrid

Al Sr.

cion a

Al Sr. D. Ramon de Mesonero Romanos.

En testimonio de aprecio, y de considera-
cion a sus luces.

Fedora Blanco de
Loper. 

AYUNTAMIENTO DE MADRID

1871

RECEIPTA DE PAGOS

En el día de ... de ... de ...

Se ha cobrado de ...

D. RAMON LOPEZ SOLER

Por ...

RECIBO

MR 175

MEMORIAS
DEL
PRINCIPE DE WOLFEN.

Obra escrita en castellano sobre otra que publicó Mr.
Jules Janin en francés bajo el título de **Barnave.**

POR
D. RAMON LOPEZ SOLER.

Tomo I.

Madrid.

Imprenta de la Compañía Tipográfica.

SETIEMBRE DE 1838.

MEMORIAS

DEL

PRINCIPES DE WOLFFEN

PROLOGO

Los señores de esta familia son los señores de
los señores de esta familia son los señores de

por

D. RAMON LOPEZ SOLER

Tomo I.



Ayuntamiento de Madrid R/106.055

PROLOGO.

SI una esposa tiene siempre deberes que cumplir respecto del que fue su compañero y guía en la sociedad, teniendo una obligacion sagrada de señalar, y aun de realzar á los ojos del mundo las nobles cualidades con que supo ser útil, este deber es mas estrecho para la viuda de un hombre distinguido en la republica de las letras, que ha desaparecido prematuramente de en medio de la crisis espantosa por donde pasamos, acaso victima de su propia prevision. El ejem-

plo de Casandra que vaticinando
 todos los males que amenazaban á
 Troya, fué víctima de sus inspi-
 raciones proféticas, se repite siem-
 pre en semejantes catástrofes. El
 destino parece que quiere así cas-
 tigar á la inteligencia privilegiada
 que llega à conocer y medir el va-
 lor real de los sucesos por medio
 de los arcanos del porvenir, y que
 sabe sacar todas las consecuencias
 desastrosas de un principio errado
 y pernicioso. D. RAMON LOPEZ-SO-
 LER que con su pluma sirvió á la
 causa de la libertad y del orden
 desde 1823 en el periódico que se
 publicaba en Barcelona titulado el
Europeo, y que despues fundando
 y dirigiendo el *Vapor* en la misma
 ciudad en 1833 tuvo tanta parte
 en el desenvolvimiento y tendencia
 del espíritu público en favor de los
 derechos de D.^a ISABEL II, murió

á mediados de agosto de 1836 fulminado por los sucesos estrepitosos y funestos ocurridos en aquellos dias. Su talento previó tan vivamente la serie de males en que íbamos á entrar y su patriotismo el mas acendrado y tan desinteresado como ardiente, se afectó de tal modo, viendo prolongada la interminable guerra civil, divididos á los hijos de la propia causa y á esta en el trance mas inminente de perderse para siempre, que murió en pocos dias dejando en la desolacion á su familia y á sus amigos.

D. RAMON LOPEZ-SOLER que á su aficion á las bellas letras reunia una laboriosidad la mas estremada, despues de haberse dado á conocer ventajosamente con *el Caballero del Cisne*, *los Hombres célebres del siglo XIX*, las octavas que escribió en la *Corona fúnebre*

de la duquesa de Frias y otras producciones, sin contar las en que ocultó su nombre, dejó muchos trabajos apreciables, unos concluidos, otros empezados y la mayor parte solo en bosquejo que hacen mas lamentable su temprana muerte: una coleccion de sus poesias notables por la pureza de diction, por la deliciosa sonoridad de los versos y por el gusto antiguo y caballeroso que en ellas campeaba, dotes que admiraban à porfía los censores de la escuela mas severa, un plan formado ya con los apuntes mas interesantes y auténticos para formar una historia de España y diversos planes y notas para varias novelas históricas ó de costumbres, son las muestras de su ingenio que inéditas se han encontrado entre sus borradores.

Además de estos trabajos mas ó

menos adelantados dejó D. RAMON LOPEZ-SOLER pronta ya para la prensa las *Memorias del Príncipe de Wolfen*, obra interesante por todo extremo en la situacion en que se encontraba España por el mes de agosto del año 36. A la verdad que en una revolucion como la española, que espíritus superficiales ó merecedores de mas funesta calificacion se han propuesto calcar y amoldar a la revolucion francesa, no ha podido ni puede menos de interesar sobre manera la representacion de aquel horrible y sublime drama delineado por una de las plumas mas brillantes que hoy cuenta la literatura francesa como es la de JULES-JANIN, y presentado al público español por una mano diestra como la de LOPEZ-SOLER, quien por la parte que ha tomado en los debates políticos de la pren-

VIII

sa y la influencia que en ella ha tenido podia apreciar con exactitud la tendencia de las ideas y preveer el abismo en que podemos hundirnos todavía si la providencia no nos salva. En el *Barnave* de JULES-JANIN, asi como en el *Príncipe de Wolfen* de LOPEZ-SOLER, encuentra el aficionado á estudiar las revoluciones (y esta aficion es una necesidad hoy dia) como en un salon ó en un teatro á todos los actores de la revolucion francesa, de modo que los puede reconocer con la vista, medirlos con la inteligencia y apreciarlos en su justo valor, pudiendo sacar ejemplos para la situacion presente asi de los sucesos como de los hombres aquellos. Allí se ve una sociedad entera hecha el juguete de una docena de perdidos y siendo pasto de unos reptiles de cabeza humana y de

unos tigres con facultad de hablar; pues no eran otra cosa los directores de aquella màquina sangrienta. Allí se ven agitarse los dos gigantes de la elocuencia moderna BARNAVE y MIRABEAU bastante poderosos para hacer el mal y destruir una monarquía, y muriendo el uno á la ponzoña de un médico asesino, y el otro bajo el filo de la guillotina cuando quisieron poner dique á los males que inadvertida ó maliciosamente habian provocado. ¡Qué ejemplo para los tribunos cuyo patriotismo se cifra solo en su amor propio y en su vanidad quisquillosa, y qué lección para los que dirigen en España este remedo mezquino, raquíptico y miserable de la revolucion francesa! Para estos, que si deliberan, parecen cabildantes, que si obran, parecen pigmeos y que sin embar-

go aparecen convulsos de rabia porque no los proclamamos sabios como Solon, desinteresados como Aristodemo, y puros como Aristóteles ó Caton !!! Merezcan primero por sus sentimientos siquiera por lo que hablan y por lo que escriben el nombre de españoles, y vengan despues á reclamar su perdon de la opinion pública á quien tanto insultan.

En el desencadenamiento de pasiones que se manifestó en los tres meses que precedieron á los sucesos de Agosto era realmente un acto de valor, casi de temeridad para un hombre privado que nada debia al gobierno y que nada de él esperaba, arrojarle á detener el torrente que todo habia de inundarlo. Cuando la desobediencia se miraba como un rasgo de fortaleza, el motin como un mérito, y la in-

subordinacion militar como un heroismo, no podian sino las almas de cierto temple levantar impávidas su voz entre el estruendo, y señalar un ejemplo terrible, en que los ambiciosos mirasen su propio retrato con toda la hediondez del original: los ilusos de buena fe su desengaño y escarmiento: los pueblos sus verdaderos intereses, y la vanidad de las ilusiones de que son el triste juguete; y las cortes por fin que iban à reunirse, los peligros de una reaccion que ya no se reducian á meras teorías, sino que presentaban como el resultado final la moralidad de unos hechos históricos todavía palpitantes. No se contentó LOPEZ-SOLER con echar al mundo esta produccion ocultando con reticencias y remotas alusiones el objeto político que en su publicacion se proponia, sino que en

un prólogo bien sentido que se omite aquí por haberlo hecho menos oportuno la variacion de las circunstancias, entraba francamente en lastimosas comparaciones que tal vez no hubieran sido perdidas para los que habian de llevar adelante la reforma. Pero aun ahora consumados ya aquellos hechos no serán inútiles las lecciones de la experiencia de lo pasado, cuando aun en lo presente tenemos una comprobacion que los confirma y robustece.

El *Príncipe de Wolfen* está escrito en castellano, cuya frase no es redundancia necia en estos tiempos cuando se lee lo que se escribe y cuando se oye lo que al parecer se habla por personas extranjeras, ó que si son del pais dejaron olvidada la lengua y el corazon de españoles en estrañas riberas. Los ver-

sos que suelen encontrarse en esta obra tienen todo aquel sabor de buena poesía y respiran todo aquel gusto esquisito que tanto mérito imprimian á las composiciones de LOPEZ-SOLER.

TEODORA BLANCO DE
LOPEZ-SOLER.

CAPITULO I.

INTRODUCCION.

COMO es bueno que nos conozcamos antes de emprender una travesía salpicada de escollos, ha de saber el lector que soy un principazo aleman, viejo, achacoso y caprichudo, viviendo como en los recuerdos de otro tiempo, bastante indiferente á lo que pasa y á lo que venga para vociferar sin escrúpulo, que por mas que el azar le permita respirar el aire de este siglo, es en las ideas, el continente y la fecha un personaje del pasado. Y no crea por verme reclinado en mi gótico sillón que haya tenido constante apego á las doctrinas de la nobleza alemana; pues blasé allí en mis tiempos de seguir las que



brillando como las siniestras llamas de un incendio , salian de la *constituyente* para envolver á los pueblos en la mas áspera discordia. Fuí , antes de que llegasen los atletas de 1793 á la cumbre del poder , compañero jovial de sus desórdenes ; les vi encenagados en los vicios , les contemplé en el desdoro de la embriaguez , y sintiendo el inmundo aguijon de la lujuria. Burlárame por tanto del jénio de la revolucion en sus mismas barbas, si me hubiese revelado entonces que los destinaba á derribar la monarquía mas prepotente de Europa. Jóvenes petulantes y relajados, mozos audaces y agudos , llevados de un vago instinto hácia incógnito objeto , sin plan en sus desarreglos , sin cautela en sus palabras, sin maldita la virtud en sus acciones... tales eran. Dejé su trato en el momento que iban á desempeñar el destino de hombres públicos , pasando desde el garito á los tribunales, y del lecho de una cortesana á la cámara tal vez de sus antiguos reyes. De entonces acá he oido tantas veces sus críticas y sus elogios , que anduve largo tiempo perplejo acer-

ca de la clase de mérito que debia suponerles.

No se presuma, empero, que tomando las cosas desde su oríjen quiera ofrecer á los ojos del lector la historia crítica de los últimos cuarenta años; pues limítome á bosquejar mis propias impresiones durante este importante periodo. Asi daré cierta animacion á las memorias, que tanto contribuyen al sosten y al deleite de mi vida, á lo cual se agrega el deseo de legar á mis paisanos un recomendable monumento, para que nunca se equivoquen en el juicio que hayan de formar respecto de unos trastornos, no menos descabellados en su progreso que engañosos en su cuna. Dejadme ser jóven aun, dejadme siquiera el privilegio de ceñir á mi frente las guirnaldas de la mocedad pintando aquel ruidoso movimiento de Francia, que resonaba en todos los ángulos de Europa, y que semejante al eco de un torrente embravecido anunciaba inundaciones á las mas elevadas llanuras. El hombre que ha percibido la urbanidad de la corte de *Luis XV*, que llegó

*


á tiempo de contemplar en Versalles las pompas de los nietos de un gran Rey y de asistir á las últimas victorias del filosofismo, es el único á quien atañe el tristísimo deber de trazar este tenebroso cuadro. Cuando se socaban los fundamentos de un poder lejítimo y se reorganiza la sociedad sobre nuevas bases, hay momentos de tregua, en que ya no reina el órden, sin que aun pueda calificarse de revuelta aquella calma siniestra, grano de arena entre dos abismos, ó luz moribunda espuesta á los encontrados vientos del desierto. No comprendí este engañoso presajio cuando lo contemplaba de cerca; pero lo recuerdo ahora con la misma vehemencia que si lo hubiese penetrado entonces.

Retrogrademos, pues, hasta las auroras de 1789; volvamos á aquel antiguo Versalles de tres reyes; ajitemos para que revivan las teas de la monarquía lejítima, reconstruyamos los arruinados alcázares devolviendo á las piedras sus labores, su simetría á los jardines, sus marmóreas estátuas á las galerias: rueden sobre el sonante quicio las puertas

del suntuoso palacio, y penetremos hasta el trono vacilante de *Luis XVI* y las misteriosas recámaras de *Maria Antonieta*. ¡Cuántas veces, á pesar de mi vejez y achaques, héme figurado que de repente se iluminaban los salones de mi propio castillo errando todavía por ellos las damas de aquella época, no menos llenas de discrecion y donaire que ricas de atavios y timbres! Aun me complazco en estas aéreas fantasmagorías, y piérdese en ellas mi remozada fantasía mientras armoniosamente se columpiaban ante mis ojos el caballeresco guerrero y el sesudo magistrado, el intrigante y el bailarín, el ceremonioso mariscal junto al lúbrico filósofo, el mas bondadoso de los reyes en medio de piadosos sacerdotes, la mas hechicera de las reinas cercada de bellezas elegantes. ¡Feliz ilusion como no se mezclaran en ella la bancarrota nacional, la envenenada calumnia, jentes de la hez del pueblo apoderándose de la balanza de Temis, de la espada de la nobleza, del cetro de Carlo Magno, y allá á lo lejos entre sayones y rameras un carro car-

gado de víctimas y los altos mástiles de la incesante guillotina!

No se trataba ya, en efecto, de guerras, de asaltos, de sorpresas, ni de batallas: no residía la fuerza en el almenado castillo, en el decreto real, ni en las fórmulas del parlamento: bastaba mirar el primer hombre que atravesase la calle haciendo alarde de su ignorancia y descaro, ó fijar la vista en el desaliñado hidalgo que arrojando su ejecutoria á las llamas corría á abrazar á los verdugos, para alcanzar que solo en tales anacronismos existía la fuerza capaz de hundir el trono de cien monarcas.



CAPITULO II.

UNA OJEADA POR UN MAPA.

CONozco, amigo lector, que desearias tener una idea de este viejo parlanchin, amigo como los de su edad de referir los lances de su juventud, fácil de enfervorizarse al calor de su memoria, y hasta fogoso y vehemente cuando á fuerza de recordar lo que ha sido olvidase de la tos que le interrumpe, de las mulas pasicortas que le arrastran, y del robusto baston ó báculo en que se apoya. Pues, señor, era mi madre una gran dama de Alemania sumamente instruida en el minucioso ceremonial de los palacios, especie de círculo mágico que cercaba á las deidades de los antiguos salones. Cuando los príncipes

consiguieron proscribirlo, no encontrando las pasiones vulgares esta barrera para penetrar en ellos, les hicieron pagar caro el miserable empeño de parecerse á todo el mundo. ¡ Considérese, pues, el despecho de mi buena madre, descendiendo de la ilustre casa de Wolfen, y hallándose emparentada con cuantos régulos se sientan bajo dosel en los cantones jermánicos! Acordábase de la emperatriz *Maria Teresa*, ponderaba la pompa de su corte, la grandeza de su alma, la inflexibilidad de su política, y complaciase en repetir que la casa de Austria habia exhalado el último suspiro al descender á la tumba aquella verdadera *Semíramis* del Norte.

Sin embargo, lo que constituia principalmente su orgullo, era el haber visto nacer y lozanamente desplegarse la brillante *Maria Antonieta*, condenada despues á morir en un patíbulo. Intervino ademas en su educacion, y no cesaba de decir que sus primeros años anunciábanla en efecto un destino prodigio de triunfos y placeres.

Tal era la dama á quien debí el ser ; y ya se puede conjeturar á qué clase de preceptor confiaria el delicadísimo encargo de educarme. Valióme bajo la férula del árido pedagogo la excelente índole de mi carácter, no para ser un sábio, pues carezco de la penetracion que pide semejante título, tampoco para ser un héroe, pues no hallaba en lo íntimo de mi alma aquel desprecio de la muerte con que se compra tal dictado ; pero sí para establecer á mi manera lo que se llama en el mundo un modo de pensar ó un sistema de vida. Al efecto de complacer á mi madre, esforcéme en suponerme todos los méritos, que por la sola y capital razon de mi nacimiento habian de estar como vinculados en mi persona ; por lo que embriagado en mi hereditario poder y el número de mis vasallos y la suma de mis rentas, hubiera sido el hombre mas fátuo é indigesto de Alemania, si la admiracion que de repente concebí por *Federico II*, no moderase la insensatez de mi orgullo. A todos parecerá este sentimiento una cosa natural, pero en

la época de que hablo pasaba en mi país el rey de Prusia por un revolucionario, un impío, un hombre tan poco escrupuloso en apoderarse de Silesia, como en llevar el distintivo de la secta filosófica. Si no faltaba alguna apariencia de razón para estos cargos, debía considerarse que el hacer rostro á las primeras potencias de Europa, y el enlazar en su frente los laureles académicos y militares eran méritos sobrado suficientes para granjear un universal aplauso.

Hé aquí, pues, que sin saber cómo, levántome una mañana decidido á romper lanzas con todo el mundo en favor del rey de Prusia, por figurárseme ver en él como personificado el espíritu filosófico del siglo XVIII, en paz sea dicho, no menos apasionado de la novedad que del sofisma, tan pronto en favorecer el grito popular, como en acatar el cetro despótico, con tal que descollase sobre la ruina de las naciones y la legitimidad de los príncipes.

Llegamos, amado lector, á la época mas florida de mi juventud, y hé aquí por tanto

la ocasion de estenderme acerca del primer vuelo de mi fantasía y los raptos de mi corazón ; pero si bien me han parecido siempre del mejor gusto los jóvenes que salen al mundo mirando con lágrimas en los ojos la bóveda de los cielos , el salto de las aguas y los matices de las flores , nunca por desgracia mia participé de tales éstasis. Alegre, ágil , despavilado y vivaz reíame á carcajada de los que afectaban la peregrina tristeza de los héroes de novela : gustaba muy al contrario de ataviarme, de frecuentar los teatros y los bailes , de hablar del gran Federico, de que me tuviesen por filarmónico , por danzarin, y en medio de esto por filósofo. La conducta poco mesurada que guardé cuando me quisieron presentar al emperador acabó de confirmar á todos el estraño capricho que embargaba mis potencias , y como llegó á sus oídos que solia apostrofarle con el dictado de *plebeyo imitador del rey de Prusia* , mandóme que no volviese á la corte y me retirase á una jornada por lo menos de la capital de su imperio.

No lo sentí: las ideas que hervían en mi cabeza me alejaban naturalmente de cuanto se asemejaba á un poder razonable y lejítimo. Por otra parte en las antecámaras en que me habia hallado, en las galerías que habia momentáneamente recorrido, solo viera cortesanos que se desdeñaban de hablar con otro que no fuese de la familia imperial, ó de alguna influencia en el ministerio. Y en valde se vuelve uno á las paredes de tan vastos aposentos: nada las adorna que merezca la atención, ni un cuadro antiguo, ni un mal grabado, ni siquiera una estampa del hijo pródigo... preciso es olvidarlo todo para enteramente entregarse á los recelos de un desaire ó á las esperanzas de una súplica. Por eso lo que mas ensalza á mi entender el ascendiente de *Luis XIV* es aquel *ojo de bucy*, célebre antesala del palacio de Versailles. Allí sin ventanas, sin distracción, sin comodidad alguna reuníase la corte del gran rey, cual si dijéramos todo el siglo *xvii*, aguardando humildemente á que saltase del lecho. Y cuando se dignaba admitir á las ya his-

tóricas comparsas de mariscales , de ministros , de literatos , de capitanes insignes que esperaban sus órdenes , el mundo entero se ponía en movimiento , como si adivinase el instante en que los héroes del siglo iban á decidir de su suerte.

Para formarse idea del disgusto que me consumía en la antesala del palacio de *Viena* , bastará decir que al fin apelé para distraerme á un *mapa* de Europa , cosa la mas triste y desairada á los ojos de un jóven , un si es no es travieso , esceptuando con todo el aspecto de un árbol genealógico. Decidme si hay algo mas aflictivo que el figurarse esparramados sobre un carton mústio y polvoroso tantos pueblos , tantos mares , tantos países risueños. Al lado de un nombre célebre nada indica los jardines que lo cercan , los céfiros que lo halagan , ni por donde se deslizan los arroyos , ni cuales son las flores que reflejan en sus ondas. La tierra desadornada siempre de sus galas carece de vida y esplendor , asi como la que se estiende bajo las eternas nubes de Siberia.

Tal era no obstante lo aburrido que me hallaba en aquella vergonzosa inaccion, que á la vista de tantos rios y montañas y del vasto Occéano representado con un rasguño, parecióme divagar por los campos, correr las ciudades, visitar cual inesperto viajero los mas florecientes reinos. Entonces me convencí de que si pensábamos alguna vez en la estension del globo, apenas, por grandes que fueran nuestros dominios cupiera la ambicion en nuestros pechos. Porque serás, amado lector mio, poderoso como un grande de España, finchado como un señoron portugués, rico como un milor de Inglaterra; pero echa una ojeada en el mapa y busca allí el parque poblado de ciervos, el campanario que anunció tu bautismo, el lago que baña tu alcázar, el alcázar mismo con sus altas torres y laboreadas galerías, y ni una línea, ni un punto indican aquellos sitios, oríjen de tu orgullo y presuncion.

Distrájome de estas reflexiones el haber casualmente tropezado con el reino de Francia. — Dios mio! exclamé, he aquí la Fran-

cia!... la Francia embellecida á la vez por mi prima *Elena* y por *Maria Antonieta*!...] La Francia!...]el antiguo pais de los trovadores y los caballeros , la patria en el dia de los filósofos y los artistas!

¡ Casi estuve por abrazar aquel mapa que me recordaba á la vez las dos mujeres á quienes rendia mas veneracion y cariño , á quienes mas deseaba por tanto respetar y servir! La idea de correr á su encuentro me redujo en términos, que desde luego formé el proyecto de salir de Alemania para correr á la primera ciudad del continente europeo. *Paris*, en efecto , era en aquella época la tentacion de los jóvenes , el punto donde se reunian cuantos podian disputarse la palma del talento , la elegancia y la victoria. Mil veces me he preguntado á mí mismo por qué interesaba mas que ahora , sin que halle solucion plausible á tal enigma , como no sea la del instinto de que se ocultaban en su seno los misteriosos elementos de un desórden apetecido de unos por curiosidad, y apresurado por otros á fin de elevarse sobre ruinas.

CAPITULO III.

SECATURAS.

CUANDO todo estuvo corriente, hé aqui que se reune en mi estancia una turba de ociosos é importunos por el necio afan de darme consejos en órden al punto á donde convenia enderezar la proa de mi carruaje. —Si por mí fuera, decia uno, haria rumbo hácia los *Alpes* por el gusto de trepar á su escarpada cumbre y leer en rústicos caracteres grabado sobre las peñas el nombre del grande *Anibal*. ¡Qué mas felicidad para un jóven intrépido que la de columpiarse en aquellos puentes colgantes, atravesar casi en el aire los anchos rios, los bravos arroyos

y descender en seguida á los valles risueños de *Italia* percibiendo á la vez la fragancia de las flores y los cantos pastoriles! ¡*Nápoles* y *Venecia*, *S. Pedro* y el *Capitolio*, el *Arno* y el *Tiber*, el *Sumo Pontifice*, en fin bendiciendo desde lo alto de la ciudad eterna el universo!... ¡Ah! nada brilla en el mundo que ofrezca á la vez el prestigio de tantos héroes, el valor de tantos mártires, el semi-eclipsado lustre de tantas grandezas. — No me hable V., replicaba otro de sombrío aspecto, no me hable, digo, de esas poblaciones endeble y transparentes como el cristal, cuyos fastos estan mas sobrecargados de flores, que de plumas un antiguo paladin de Francia. ¿Qué nos importan unos paises sin fisonomía, con almibarada lengua, destituidos de dignidad y conservando monumentos poblados de sombras? Lo mismo vale arrodillarse ante un altar sin imájen, ó derramar flores sobre un sarcófago sin cenizas. Llévame á aquellas provincias montaraces de Alemania, á aquellos cantones rústicos de Suiza donde se admira la naturaleza en toda su des-

nudez, ya en la espumante cascada, ya en el chillido de los ecos, ya en el nebuloso cielo formando armonía con la tristeza del cuadro. Añadid el cazador que se columbra como suspendido en las rocas, las sueltas cabras encaramándose por ellas, el graznido de las aves solitarias; y os diré ser esta la naturaleza que estudio, los hombres que prefiero y el cielo por qué respiro.

—¿A qué secarnos con la naturaleza, opuso un ministro luterano, cuando á fuerza de usar los filósofos esta palabra vendrá tiempo en que no sepamos lo que realmente significa? Creame V., amigo; la sociedad, la sociedad es lo que importa estudiar en el día; basta y aun sobra recorrer para ello las principales ciudades de Alemania, aquellas sobre todo á donde no ha penetrado aun la peligrosa influencia de las máximas de *Federico*. Encuéntrase en su recinto un pueblo fervoroso y sencillo, para quien es el estudio una especie de sacerdocio. Salen de su seno jóvenes sedientos de instruccion corriendo de pueblo en pueblo en busca de enigmáticos

problemas, ó al efecto de topar con algun sábio á quien oir. Tierra á un mismo tiempo de escepticismo y de fé, tierra donde se amalgama lo presente y lo futuro, insensible á las guerras que truenan en torno de ella, inmutable al eco sordo de las revoluciones que amenazan tragarse el mediodia... tal es, príncipe de *Wolfen*, el cuadro que ofrece á los ojos de un mozo meditabundo un ángulo de nuestra patria.

—Todo esto vale un comino, exclamó cierto jóven brillante y travieso como yo mismo. Lo que conviene á mi amigo es un pais animado, dramático, orijinal. En vez de esas montañas y oscuras poblaciones aguárdale Inglaterra con sus cámaras y sus navios. Descúbresla á lo lejos en medio de un bosque de mástiles, y sus edificios se te figuran con sus altas torres unas ciudades flotantes que la prodijiosa varita de un mago ha hecho salir de las ondas. Recorres por las mañanas en dorado cabriolé las riberas del *Támesis*, aplaudes á la noche á *Otelo* y al rey *Hamlet*, ó bien escapándote con alguna *Fanny* á

*

quien arrancas del techo paternal, piérdete en las ilusiones de *Ariel*, y vas á consultar sobre tu suerte á las terribles mujeres de Caledonia. Si aspiras por otra parte á ver la Europa en compendio, es fuerza que vayas á *Londres*. Allí se observa en la cámara el fervor de la democrácia, en la nobleza el orgullo de las clases, en el pueblo la ferocidad demagógica, la astucia diplomática en el gabinete y en los bajeles la verdadera base del poder. ¡ *Londres*, amigo mio, *Londres*!... ¡Feliz el mortal que se sienta entre sus pares y halla un sepulcro bajo las sonoras bóvedas de *Westminster*!

—La *España*, observaba al propio tiempo un hombre grave y moreno, es la patria del sol, tierra á la vez árabe y francesa, donde aun brillan el alfanje morisco, la espada toledana y el penacho de los *Bermudos*! *Granada* ofrece en su recinto el voluptuoso paraíso de los reyes de oriente, y valen mas sus ruinas que los dejenerados moros de *Constantinopla*. Prefiero su purísimo cielo al que resplandece en *Grecia*, y su deliciosa

vega á los jardines de *Alejandro* y *Corinto*. ¡Ah si me fuese lícito arrancarme de mis lares no tardaría dos meses en montar un caballo cordobés y escuchar los dulcísimos romances de aquellas ágiles ninfas, embeleso de la linda *Cádiz*, orgullo de la opulenta *Sevilla*.

Tomó entonces la palabra uno que la echaba de político. Sus ojos hundidos, su calva frente, su amarillento color y desdeñosa sonrisa indicaban á tiro de arcabuz las enredosas cavilaciones de su espíritu.—Cuanto predicán ustedes, dijo, será muy santo para los que viajan ansiosos de pasatiempos y frivolidades. Por lo que á mí hace, no me gusta llegar al teatro cuando ha caído el telón, sino así que suena el silvido para descorrerle. El gran drama de *Europa* representase en el día por las orillas del *Newa*. En ellas alza la prepotente *Rusia* el trono de *Augusto Cesar* escogiéndolo por base los de *Carlo Magno* y *Constantino*. En valde se atravesarian á mi paso las nieves y los desiertos: no dejaré de saludar por esto las dora-

das cúpulas de la asiática *Moscow* y los modernos alcázares de *S. Petersburgo*. Cuando el hombre iniciado en los laberintos de la política y en las ceremonias de la diplomacia aplica el oído para graduar el movimiento de las naciones, percibe un sordo rumor de dominación saliendo de aquellos helados climas que recuerda el gigantesco poderío de *Carlos V* y *Luis XIV*.

—*Rusia ! Rusia !* repitió con énfasis un jóven de apacible aspecto recostado lánguidamente en un sillón de damasco : he aquí el ídolo que cautiva la atención de los que se complacen en la actividad y el movimiento. ¡Feliz, empero, el que busca en los viajes el reposo de que carece tal vez en su patria! ¡Quién me diera la facultad de correr hácia las ondas del *Bósforo* y descubrir á lo lejos aquellas graciosas colinas, plácidos asilos del santo, aquellos templos semejantes en riqueza á las *pagodas* de China, aquellas levísimas falúas donde bajo doseles de púrpura descansan las perfumadas bellezas de un harem, aquel lujo del oriente brillando á la

vez en la pureza del cielo, en los aromas del aire, en las flores del verjel y en el ropaje talar impregnado en fujitivas esencias! *Constantinopla*, señores, es la ciudad por excelencia, la rival de *Roma*, la única metrópoli que ha quedado en pié de las que dominaron antiguamente el universo. Solo en ella se perciben las dulzuras del sosiego y del amor. Donde quiera una fuente que murmura, una sirena que canta, un surtidor que refresca, y cada casa es una especie de templo consagrado á las voluptuosas deidades del descanso y el deleite.

Agotadas sus fuerzas por un razonamiento tan largo, dió muestras de querer tomar aliento; pero prefiriendo sin duda el ejemplo á los raciocinios, hundióse nuevamente en el sillón embriagado con la pintura que él mismo acababa de hacer. Mientras contemplaban los demás su afeminado ademan con cierta sonrisa de compasion ó desden, llegóse á mí un antiguo capitán de fragata, hombre alto y seco, cuya gutural respiracion recordaba á la vez el tabaco del *Brasil* y el de la


Habana. Asióme del brazo con la rústica franqueza de un marino , y me habló resueltamente en estos términos.

— Voto al diablo que no daría un ardite por el filosófico caletre de que V. se precia, si cometiera la sandez de viajar por este mundo miserable , que semejante á un viejo gotoso se está descuadernando cada día y no tardará mucho en espichar. No señor : esas naciones que tanto chillan se parecen unas á otras en sus vicios , en sus historias y en sus afeites , así como las ramera en sus zalamerías y colgajos. Pasarán los tiempos modernos con mas rapidez que la media edad, puesto que la audacia de los hombres se va haciendo superior á los preceptos de la religion y á la autoridad de los reyes. Nada, amigo : corra V. al nuevo mundo donde conservan su fuerza las virtudes y se mantiene intacta la integridad de los pueblos : corra allá , digo , y observe con mil diablos aquella actividad que recuerda la infatigable robustez de nuestros padres , fecundo elemento de las repúblicas antes que los vicios de los

hombres las trasformen en odiosos lupaneres.

¿No es bueno, lector amigo, que sabiendo aquellos camaradas de botella el punto á que pensaba dirigirme, ninguno se tomase el trabajo de hablarme de *Paris* ó de Francia? Acaso temian salir mentirosos, acaso aspiraban á disuadirme de mi plan para hacerme adoptar el suyo; pero no se habia de decir de mí que abandonase por un capricho el blanco que me habia propuesto. Por otra parte el momento era propicio para viajar, puesto que durante aquel intervalo, único en la historia del último siglo, *Europa* estaba en paz, cual si tomase aliento para resistir al gran trastorno próximo á romper. Los tratados de 1783 tenian igualmente descontentas á todas las naciones. *Inglaterra* habia perdido la *América*, *Francia* estaba arruinada, *Gibraltar* acababa de agotar los tesoros de *España*, *Austria* por el afan de filósofa veia escapar á los *Países-Bajos* de su cetro, y agoviada *Rusia* con el lujo disipador de *Asia* y la civilizacion de *Europa*

asemejábase á un centauro mirado de traves por las demas potencias. Todos se mantenian en sosiego, pero oíase á escondidas el rumor de una acometida la mas sangrienta para desquiciar los antiguos ejes de la sociedad cristiana y la monárquica.



CAPITULO IV.

¡ A PARIS !

Bendito sea Dios , amigo lector , que ya nos hallamos en camino de *Paris* á pesar de tanto entremetido empeñado en disuadirme. Como á medida que voy escribiendo renace en mi pecho el aliento juvenil, todo se me representa con la misma vehemencia y sin discrepar un ápice. Paréceme estar viendo los venerables árboles del zaguan de mi quinta á cuya sombra me aguardaban los criados para despedirse de mí , y los perros brincando cual si se tratase de una partida de caza. Agrega á eso el rápido desayuno , el látigo del zagal , las últimas disposiciones al mayordomo , el murmullo en fin de aquel tras-

torno doméstico... y basta aun y sobra para representarte la escena de mi salida.

Una vez metido en el angustiado aposento del coche, cerré los ojos y dejéme arrebatarse á otras riberas. Describa el movimiento el ingenio feliz que lo comprenda: por lo que á mí hace todo me parecería un vértigo, un encanto, objetos creados por el conjuro de un hechicero, que aparecían como columpiándose en el aire, que apenas se mantenían en pié, y desaparecían luego para reproducirse bajo diferentes formas. Árboles, ríos, cabañas, pueblos, torres de castillos, agujas de campanarios íbanse sucesivamente dibujando en el breve campo de la portezuela del coche sin darme tiempo de observarles, sin dejar rastro de sí mismos, sin permitirme una impresion algo sólida de su singularidad ó belleza. ¡Y renegaba no obstante de la lentitud del impulso y hubiera deseado las flamígeras ruedas del carro solar ó los alados boraceguies de Mercurio! ¡Ah! por eso me jactaba de aficionado á la navegacion: cuando la tormenta dobla el mástil, y se rompe la

quilla, y el piloto se turba y la brújula no señala y... ¡válganme los santos Paraíso!... quiébrase en medio de tales discursos el eje del carruaje y hállome tendido en la carretera con barro hasta los ojos y sin poderme levantar de contusiones.

Salieron por fortuna á nuestro socorro los habitantes de una especie de cortijo, que se elevaba junto al camino real. Descollaba algo mas lejos una de aquellas aldeas de Alemania, cuyo efecto es tan grato á la vista como si las colocasen á propósito para formar armonía con el bello pais que las rodea. La torre de la iglesia, la casita del cura, el mendigo violinista, las muchachas con sus sombrerillos de paja y sus cintas flotantes, todo se representaba en mi idea mientras los primeros rayos de la luna plateaban el horizonte, aunque contuviese no poco el dolor de la caída estos raptos de mi espíritu. No sin dificultad me subieron entretanto á un aposento de dos camas y me acomodaron en una de ellas. Por lo que respecta á la otra ocupábala la anciana *Margarita* con su fres-

ca y risueña nieta. *Carolina* se llamaba, amigo lector ; sin mas preámbulos ni añadidas , *Carolina*, y como todavia me acuerdo de ella con cierta palpitacion azucarada, quiero saborearme en repetir tan suave nombre.

Convengamos en que hay algo de poético en un jóven herido. En primer lugar cierta actitud heróica le sostiene contra la agudeza del mal, encuéntrase despues con que esta agudeza no es tan punzante como se la imaginara , suavízansela tambien las tiernas quejas y el ver que debe á su mismo estado la buena acogida que se le dá ; y cuando disipándose el dolor piérdese la imaginacion en dulcísimos deliquios , no sé que novedad dora sus ilusiones y le anuncia peregrinos lances.

Tal era mi estado despues de aplicar las primeras bizmas á mi cuerpo. Comenzaba á percibir el descanso con el silencio que reinaba en la estancia, melancólicamente alumbrada del reflejo de la luna , que penetraba por las rendijas de la ventana y la puerta. No puedo

decir si ya el sueño había cerrado mis párpados, ó si conservaba todavía mi espíritu alguna serenidad, cuando vi entrar á paso lento á dos mujeres, anciana la una y encorvada y pálida, al paso que se notaba en la otra la verde lozanía de la juventud primera.

—Buenas noches, *Carolina*; dijo en voz baja la buena madre.

—Buenas noches, abuelita; respondió en el mismo tono *Carolina*, y aquellas dos personas, tocando cada una en las opuestas estremidades de la vida, abrazáronse repitiendo:—buenas noches!

Muchos años han pasado desde tan embelesante escena, muchas cosas he perdido, muchas desgracias he visto, y aquel abrazo no se ha podido borrar de mi memoria.

Arrodilláronse entonces y dirijieron al cielo la plegaria del descanso. Contemplélas un momento con todo el calor de una fantasía juvenil, y convencido interiormente de que no era un sueño lo que me complacía en contemplar, incliné la cabeza y despedí un hondo jemido.

— ¿Qué tiene vd.? preguntó *Carolina* corriendo á mi lecho.

— No sé, le dije, pero siento arder todo mi cuerpo. Al mismo tiempo estrechando su mano entre las mias la convencí de la verdad de mis palabras.

La anciana llegóse tambien manifestándome un cariño no menos sincero que el de su nieta; pero como no podia explicarles la verdadera causa de tal suspiro preferí que me dejaran entregar nuevamente á mis ilusiones.

Desde entonces *Carolina* vendábame las heridas, preguntábame durante las noches si me faltaba algo mientras el sueño no me cerraba los párpados, y por mas que mi curacion andaba lenta no se apuró su paciencia ni mostróse menos oficiosa y solícita. En cuanto me pude levantar, ofrecíame diariamente el brazo y referíame paseando sus infantiles proyectos, sus inocentes dudas, sus caprichosas iras, haciéndome el depositario de sus afectos y el amigo íntimo de su juventud. Y por una retribucion tan agrada-

ble como justa sosteníala yo el humilde espejo de su tocador, la daba la cinta del cabello y apretábala la hevilla del lazo con que adornaba su gentilísima cintura. Servíase pues, de mí sin ceremonia ni malicia, y como no fuese exacto en adivinar su capricho reñíame y llamábame torpe, ni mas ni menos que á una inesperta camarera. Otras veces, bien ajena de la afliccion que me causaba, corria á esconderse detras de las cortinas diciendo que me dispensaba por entonces de mis ordinarias obligaciones.

Confieso que tanta injenuidad y travesura dieron al traste con el orgullo de mi pobre filosofía. *Carolina* era hermosa, juguetona y sencilla, alimentaba en mí una pasion sin catarde de ello, y nada me desesperaba como el ver que apenas me habia dicho *buenas noches* cuando ya se quedaba mas dormida que un tronco. En esto me pareció notar en ella una agradable mudanza: empezó por no sonreirse, prosiguió por suspirar, y acabó por ponerse pálida y desencajada como una gran señora.—¿Te sientes mala, querida,

preguntábale.... ? Y en vez de responder desaparecia de mi vista como para ocultarme sus lágrimas. A veces volvía momentáneamente á su jovialidad antigua, pero con tal extremo que ya rayaba en locura, y cuando uno esperaba la injenuidad de sus salidas y la agudeza de sus respuestas, hallábase con que ya la oprimia su taciturna tristeza.

El carácter que iba tomando me hizo pensar sériamente en esta aventura. A fuerza de filosofar en todo no perdí la oportunidad de hacerlo respecto de ocasion tan propicia, por lo que repitiéndome á mí mismo el ejemplo de *Escipion* y otras jentes de su escuela, no solo resolví no seducirla, cosa á la verdad muy puesta en orden, sino enlazarme con ella dando pública y heróica prueba de filosófica valentia. Eso de hollar los grifos de un blason y los penachos de un timbre, eso de hacer la mamola á todos mis abuelos, á pesar de su desapacible jesto y recias armaduras, descoyuntando ademas de un solo revés á toda la espléndida comparsa de baro-

nes alemanes, era un golpe eminentemente filosófico, capaz de granjearme una celdita en *Ferney* y un artículo en la *Enciclopedia*. Verdad es que se me hubieran cerrado para siempre las ante-cámaras imperiales, que hubiera sido en mi patria el hazme reir de los discretos, y que fastidiado á poco tiempo de mi aldeana maldijera la hora de nuestra descabellada alianza; pero todo ello no valia en mi concepto la pena de reflexionarlo.

En esto, como si el demonio las liara, viene con aire lánguido mi *futura* pidiéndome suspirando que acomodase sobre sus leves bucles el sombrerillo de paja. Coloquésele un poco ladeado, como tenia de costumbre, despues de lo cual, algo animoso por la sonrisa de su agradecimiento, tuve bastante valor para estrecharla entre mis brazos. La pobre no hizo la menor resistencia, antes con acento mucho mas suave díjome que se iba á la ciudad, que no volveria hasta mañana y que si tendria la bondad de salir á recibirla.

—Por supuesto, respondí, y te aseguro

*

que nunca he comprometido con mas gusto mi palabra. Pero el tiempo está húmedo, niña, la nieve no tardará en caer y quisiera que no espusieras tu delicada personita á tan crudas intemperies.

—Es preciso, señor conde, voy no obstante consolada con la certidumbre de que mañana saldrá V. á recibirme á la fuente del olivo.

Tendióme una mano con semblante tímido y ruboroso, y despues de haber impreso mis labios en ella la vi partir lleno de ilusion y amargura.

Héme, pues, dando paseos, ajitándome como un loco, y contando los minutos cual si se tratase de algun artículo de paz ú otra grave negociacion diplomática. Alli fué el maldecir la tan decantada velocidad del tiempo, alli el preguntar á cada instante la hora, alli el invocar á mis buenos amigos los filósofos para que me diesen un granito de aquella tranquilidad de alma que tan fácilmente prometen en sus escritos. Por último resultado tuve que tragar las horas de minuto en

minuto y el día de hora en hora, hasta que los primeros rayos del siguiente, me hicieron emprender con precipitado paso el camino de la cita. El pobre olivo estaba despojado de su verdor, el agua de la fuente no corría y la nieve había cubierto durante la noche aquella fértil llanura. Mientras aguardaba á mi querida, desahogábame forjando planes de sosiego y recapitulando las dulzuras de una vida patriarcal, sin pasarme por las mentes lo irregular y lo ridículo de un patriarca de veinte años. Tocáronme entonces en la espalda, volvíme, y mucho mas hermosa aun que me pareciera la víspera, contemplé á mi lado la inocente *Carolina*.

—Ven á mis brazos, hermosa, exclamé: solo traes á mi pecho el consuelo que me niega la pasión que me inspiras.

Sin duda hubiera pronunciado un discurso correspondiente á tan bellissimo arranque, á no advertir de pronto que la aldeanilla se apoyaba en el brazo de *Julian*, mi ayuda de cámara. Avergonzado de verme sorprendido en mi declamacion por aquel importuno, di-

rijió la palabra para intimarle que se fuese de allí, y que otra vez no tuviese la imprudencia de mezclarse en mis asuntos.

Retirábase en efecto, aunque con visible descontento y lentitud; pero ella le detuvo, y encarándose conmigo al través de suplicante sonrisa manifestó su sentir en estos términos :

—Permita V. que no se vaya, pues nos es necesaria su presencia. *Julian* me ama, señor conde, yo correspondo á su afecto, los padres consienten, y solo nos falta conseguir el beneplácito de su amo.

Miróle al decir esto con espresion tan cariñosa, que bien hube de traslucir todo el cariño que le tenia. Por lo que hace al *Julianito* pagábale en la misma moneda.

Hé aquí que habiendo concurrido á aquel sitio para amar y ser amado, para representar un papel, para convertirme en héroe de la despreocupacion y la filosofía hallábame transformado en el desairado espectador de unos amores de aldea. Tal fue la primera leccion de igualdad que recibí cuando roda-

ban por mi cabeza los delirios de los que querian nivelarlo todo en la tierra, empezando por destruir el ascendiente que no puede dejar de obrar sobre una jeneracion agradecida la gloria de los héroes y los ingenios que la han precedido.

CAPITULO V.

ADELANTE.

INCIERTO aun en la salida mas oportuna para no presentar toda la ridiculez de un fá-tuo neciamente equivocado , percibí á lo lejos una cosita negra , que bien pronto fue creciendo hasta clara y distintamente transformarse en un coche de camino tirado por seis caballos. Un instinto de familia me hizo advertir á muy larga distancia las armas de mis abuelos tanto en el charol de la caja , como en los colorines de las libreas , y creo que la imprevista presencia de mi madre en tan embarazoso lance , me causó un extraordinario

contento, por mas que levantando la cabeza al detenerse el ruidoso armatoste, noté en su semblante no sé que barruntos de justa indignacion oculta bajo la solemne dignidad de una dama.

—Seguramente, señor conde, que no esperaba hallarle tan solo en medio de la carretera; díjome con cierta severidad algo templada por el placer de mi encuentro.

—Motivo habria de estrañarlo, repuse, sino estuviese bendiciendo el enlace de *Julian* con *Carolina*.

—Y tomando entonces la mano de esta muchacha metila entre las del ayuda de cámara haciendo esfuerzos para disimular mi despecho.

—Pero cuando un caballero consiente en bendecir el matrimonio de sus criados, debe dejarles algun rasgo del favor que le merecieron.

—Si tal es la costumbre, respondí, los baúles, los caballos y cuanto tengo en el cortijo, *Carolina*, es tuyo desde este momento.

Apenas lo hube dicho , cuando haciéndome mi madre subir en el coche oí el chasquido del látigo y el movimiento de las ruedas , y el sonido de la caja resonando en mi corazon con toda la amargura de un asendereado que se ausenta. El respeto que me inspira la autora de mis dias , la turbacion de mis sentidos y el desaliento de mis malogrados amores hicieron que no preguntase á donde me llevaban , ni apenas oyese las severas indirectas de la princesa de *Wolfen*. Solo al pasar delante de la casita de *Carolina* , me acordé de que el dia anterior era libre , feliz , lleno de esperanza y cariño , capaz por filosofía y amor de cometer el mas solemne disparate , al paso que ahora sin voluntad propia y sin ilusiones, únicamente veia á un ayuda de cámara que me arrebatava la novia , y á una madre imperiosa que me arrebatava á mí mismo. Nadie ignora cuan ilimitada sea en *Alemania* la paterna autoridad , especialmente en el tiempo de que hablo , á causa de ser reciente el terrible ejemplo que de ella diera el rey

Guillermo de Prusia, por lo que no solo debía obedecer á la princesa como hijo, sino como vasallo y caballero.

La noticia sin embargo de que íbamos á *Paris*, suavizó algun tanto mi dolor: al enajenamiento de mis sentidos sucedió la complacencia de considerarme un hombre muy desgraciado: á este novelesco arranque la melancolía de un amante á quien soplaron la dama: á ella cierto deseo de vengarme: despues sérias tentaciones de reirme, y al fin una herida leve, un recuerdo, una chanza, un suspirito... y héme ya bastante despejado y racional para observar que el aspecto de *Francia* no prometia tanta riqueza y sencillez como el de la risueña *Alemania*.

—En efecto, díjome mi madre con mas blandura de la que yo esperaba; nuestra patria es ademas de un hermoso pais un sobresaliente imperio, cuya nobleza campea como la mas ilustre del mundo. No sé porque capricho te empeñaste en causar con tu descabellada conducta nuestra comun desgracia. Tanto por ella como por la partida de mi

único hijo, quise seguir tus huellas, señor ingrato,irme tambien á *Paris* y pedir á *Maria Antonieta* algun destino en palacio.

—¿Y para qué? repuse no sin vehemencia infatuado con mi hueca filosofía, ¿no es vd. absoluta soberana de dos condados? ¿No tiene bajo su autoridad suficiente número de pueblos para ser en sus dominios la princesa, la reina y la señora? ¿No puede habitar en soberbio alcázar junto al *Rin*, ó en otro acaso mas magnífico á las márgenes del *Oder*?


—Podria, hijo desnaturalizado, podría, si me curase tan poco como tú de sostener la gloria de nuestra casa. Pero como, á Dios gracias, estoy resuelta á imitar á tus ilustres ascendientes, quiero honrar mi nombre colocándole al lado de los primeros monarcas. Si les acompañaban ellos á las célebres expediciones de *Tierra santa* y de *Turquia*, justo es que les sirvan sus nietos en los alcázares de *Paris* ó de *Viena*.

No me atreví á contestar: mi madre, tanto por la jenerosidad de su pecho como por la

elevacion de sus ideas, era el mas noble modelo de aquella impávida aristocracia sobre la que se precipitan las revoluciones y las guerras, sin que capitule en ningun tiempo con los advenedizos, los fúcares y los sofistas. En vano arrebatada la fortuna á tales gentes la patria, las riquezas, el poder: constantes en sus principios permanecen como el sábio de *Horacio* inmóviles y en pié entre las ruinas. No sé que respeto inspira semejante carácter, que no puede uno negarse á la sumision que exige, aun cuando quiera hacer alarde de máximas algo despóticas, por lo cual nada tiene de extraño que manifestase especial deferencia á las opiniones de la princesa con ser opuestas á las mias, y que desembarazados del único obstáculo que dificultaba nuestra intimidad, concluyésemos el viaje con mas satisfaccion y confianza que lo habiamos empezado.

Llegamos en esto á *Paris* á últimos de diciembre, cuando ya principiaban á brillar millares de luces en las habitaciones de los arrabales, y nos apeamos en el zaguan de

una gran casa preparada para recibir á mi madre. Entregóse desde el dia siguiente esta señora á los preparativos que exijia su presentacion en la corte de *Versalles*, y como no eran los mios de tal prolijidad, aproveché aquel claro para salir y formar idea de una capital que era asombro de *Europa*.



CAPITULO VI.

PARIS.

EN la época de que hablamos ofrecia esta capital el curioso espectáculo de tres ó cuatro ciudades comprendidas en un solo recinto, cuyos habitantes ostentaban el sobrado vigor de irreflexiva juventud, ú ofendian con las chochees de decrépita vejez. Impelidos de un lado hácia el poder, sujetos por otro á duro vasallaje, eran tan fáciles al insulto como al aplauso, tan prestos en humillarse como en herir. Anunciaba con ciertos aullidos de venganza el arrabal de *San Antonio* las lejiones armadas de picas, que saldrían de su seno para trabajar los muros de la *Bastilla*, y traslucíase en esta ciudadela

de *Luis XI* cierto carácter de decadencia y feudalismo semejante al de la *Catedral*, la *Soborna* y el *Louvre*. Entre estos venerables monumentos sobrecargados de blasones y penachos, no menos que por las ruidosas calles frecuentadas de señoras que iban á la corte, de *abates* encaminándose á la *academia* y de calaveras dirigiéndose á un desafío, ajitábase un pueblo persuadido de su fuerza y ambiciosísimo del mando.

Error fuera compararle al metódico mnestral de la Liga subordinado, supersticioso y fiel, mas no á un mozo cubierto de andrajos, burlon, holgazan, insensible á lo pasado, riéndose de lo presente y conociendo que le pertenecía lo futuro. Indiferente á la mancha del oprobio y al lauro de la gloria, aguardaba como por instinto el estallido del cañon revolucionario para derribar la *iglesia*, la *universidad* y la *nobleza*, únicos elementos de la antigua monarquía que se mantuviesen en pié.

Al extranjero recién llegado todos los dias parecían de huelga, ó dedicados por lo me-

nos al idolo de los placeres. Donde quiera cantos, danzas, juegos de manos, tránsito de fieras, caprichos de modas y el clamoreo de los que iban pregonando dulces, comestibles y licores. Deslumbraba la profusion de chistes y rasgos de ingenio, las mas veces sin venir al caso, pero siempre indicando esa rabiosa mania de los parisienses de manifestar un entendimiento despejado y agudo. En los cafés, en las fondas, en las tabernas tropezábase con una multitud de ociosos hablando cada uno mas que siete, gesticulando, manoteando, sometiendo tan pronto á un examen acalorado la ópera de la semana anterior, los bailes del carnaval y la comedia de la víspera, como los tratados de paz y las expediciones marítimas del gabinete británico. Tal era á la sazón aquel pueblo atrasado y culto, materialista y poético, brillante y andrajoso, durmiendo bajo el pórtico de un palacio y escribiendo ardientes epigramas contra su dueño. Añádese á lo espuesto el primer eco de la política y la elocuencia, eficaces móviles que se ocultaron á la perspicacia

cia de los filósofos, y que el anciano de *Ferney* entraba como en triunfo con su penetrante mirada y risita sardónica para que espirando el periodo de los sofismas empezase el de la revolucion traída por ellos; y se comprenderá el original interés que presentaba aquel emporio de la civilizacion y las artes.

Bossuet habia sido el oráculo de la *Francia religiosa*; y *Voltaire* el dictador de la *Francia filosófica*. Aquel dejó oír su voz para fortalecer los ánimos en las sublimes verdades que mantienen el orden social; este para infundirles el árido principio de incredulidad que les hace esclavos de los deleites sensuales. No habia de pasarse mucho tiempo sin que *Mirabeau* les impeliese á precipitadas reformas que les redujesen por último á la merced de un caudillo aventurero. *Bossuet* habia ya muchos años que no existia, y *Voltaire* acababa de morir. Ningun rasgo por consiguiente quedaba de la *Francia religiosa*; débiles eran los de la *Francia filosófica*; robustos, terribles los de la *Francia revo-*

lucionaria; enteramente ocultos los de la *Francia militar*. *Mirabeau* se iba elevando, y ocultaba todavía un velo oscuro la omnipotencia del guerrero. A medida que se fue rasgando, aparecieron caudillos mas ó menos osados, publicistas mas ó menos perspicaces, hasta que la testa cesárea de *Bonaparte* eclipsó á *Voltaire* y ofuscó á *Mirabeau* en términos de que nadie se acordase del lúbrico tribuno ni del filósofo incrédulo.



CAPITULO VII.

EL CAMINO DE VERSALLES.

LLEGO en esto el dia de nuestra presentacion en la corte , y nunca se vistiera mi madre con tanta solemnidad y esmero. Por supuesto que salieron á relucir el tontillo de mas vuelo , el peinado de mas elevacion y los diamantes que no habian visto el sol desde el último cumpleaños de la emperatriz *Maria Teresa*. Esta fué, si mal no me acuerdo, la última vez que he visto aquel traje de ceremonia : no era ya comun en *Francia*, pero llevábalo mi madre con tan grave y armonioso talante , que á tiro de lanza descubría en ella la heredera de los príncipes de *Wolffen*. Por lo demas advertíase en su volumi-

nosa persona cierto aire de sujecion, indispensable requisito entonces de la verdadera etiqueta, y remedio infalible ahora para hacer reventar de risa hasta al séquito de un entierro.

No olvide V., djíome al sentarnos en la carroza con ademan un si es no es severo no olvide que vamos á presentarnos á la hija de *Maria Teresa*, al mas primoroso vástago de los Césares, y que no tanto deben escitar nuestro respeto su mérito personal y el trono que ocupa, como la ilustre sangre que circula por sus venas. Por Dios, hijo mio, continuó en tono mas suave, que te acuerdes de quien eres desvaneciendo las locuras que han causado tu desgracia en la corte imperial de *José II*.

Mientras asi me hablaba echábase de ver en la buena señora el temor de que yo cometiese alguna necedad, por lo que hice secreto propósito de observar una conducta digna de ambos. Y era tanto mas sincero; cuanto que en los pocos dias de residencia en *Paris* habia visto tal cúmulo de sandeces,

destemplado parto de la escuela filosófica, que ya se iba debilitando en mi espíritu el humor volteriano que se me pegara en *Alemania*. Y por otra parte ¿qué se me daba á mí de aquella vida tan desasosegada, especie de magnetismo que desvaneciendo las cabezas convertia á los franceses en una clase de locos mas peligrosos que ridículos?

En tanto que hacia semejantes reflexiones, lenta y magestuosamente rodaba la carroza por el réjio camino de *Versalles*. Por alli mismo pasaron las glorias literarias y guerreras del siglo *xvii* corriendo á merecer un signo de aprobacion, una sonrisa, una leve mirada del monarca mas augusto que han conocido los hombres. ¡Cuántas pasiones célebres, cuántas virtudes heróicas habian ennoblecido aquel polvo! Por alli *Mme. de la Valliere*, por allí la espada del gran *Turena*, *Bossuet* con el manuscrito de sus oraciones fúnebres, *Racine* derramando sonoridad deliciosa en los versos de sus tragedias!...

Desaparecieron los que iban adornados

de palmas y laureles para hacer lugar á la turba de los sofistas, y un pueblo orgulloso y ateo, iluso prosélito de sus doctrinas, iba siguiendo sus huellas cual si aprendiese la ruta que habia de recorrer en breve armado de hoces y alabardas. ¡ Ah! quien me diera el poder de evocar á los que descansan para siempre en la tumba, de restituir á unos la belleza, á otros la falsa ciencia, á estos la audacia, á aquellos la vanidad y reunirlos en esta misma senda de *Versalles* para presentarles el horroroso cuadro de sus flaquezas y orgullo! ¡ Insensatos! ¡ en valde aplaudiendo el materialismo de *Espinosa* aventurabais en un naípe la fortuna de vuestros padres ó tirando del carro de *Frine* cantábais su frágil belleza en voluptuosas estancias! Dejad que penetre vuestro libertinaje en un populocho indómito; y vereis, aunque tarde, el amargo fruto de un apostolado que os desdora.

Distrájome de estas reflexiones un hombre que con la cabeza desnuda y los cabellos en desórden atravesaba rápidamente el cami-

no á pesar de los vientos y del agua que comenzaba á caer. Seguí con la vista su carrera cuando interceptándola las nieves perdió el equilibrio y cayó junto á un árbol á poca distancia de nosotros. Lancéme del carruaje y corrí á ofrecerle mis auxilios ; pero ya se había levantado, y pude notar en la afabilidad de su hermosa testa aquella indiferencia hácia el peligro , indicio de abstraccion ó enajenamiento mental. Hallábase en la fuerza de la edad , y leíase en sus miradas la incertidumbre de un discurso vago, aunque de tiempo en tiempo la ternura de un éstasis amoroso.

— Mil gracias , caballero , gracias por tan eficaz socorro. El caso es que quise llegar pronto para que la proximidad de la noche no me privase de ver á la reina , y esta justa precipitacion ha ocasionado mi caída. ¡Lo mas sensible es que ya no podré verla!

El infeliz se daba golpes en la frente como arrebatado de un frenesí.

—Vea V., vea V., proseguia: cuando estos árboles se hallan vestidos de hojas y es-

maltan las flores estas praderas, nadie dirá de mí que llegué tarde, pues duermo al pié de las estátuas para recrearme desde que alumbra el sol en las gracias de *Maria Antonieta*. Entonces suele levantarse con la aurora; pero mientras cubre la nieve las campiñas, enciérrase tenazmente en el alcázar sin dignarse echar una benigna ojeada á tanto y tan infeliz como suspira por ella.

Tuve lástima de aquel desgraciado amante, cuyos sentidos, desordenados sin duda por la fuerza de la pasión, presentaban un linaje de locura no menos singular que melancólico. La noche tendía sus sombras, el palacio estaba cerca y mi madre ya me aguardaba en él, por lo que, tomando del brazo al aflijido demente, llevéle yo mismo al conserje de aquel suntuoso edificio.

—¡Pobre mozo! exclamó al verle.. Es el amante de la reina, señor, añadió dirigiéndose á mí, la cual ha prohibido que se le haga burla ni desaguisado alguno.

A medida que la benéfica llama del hogar doméstico y los sabrosos alimentos que le

sirvieron en la conserjería le restituian las fuerzas, su lengua cobraba mas soltura, y complacíase su espíritu en hablar del augusto objeto de sus amores.

—Sí, decíame mirándome con aire de convicción: la amo, no lo dude V., la amo con toda la vehemencia de mi alma: ¡Ah! todo lo perdí por ella, hasta la dignidad, hasta la razon. Al aparecer en esta tierra como una deidad bienhechora, nos posternamos ante sus gracias y quisimos tirar á porfia del leve carro de cristal y nacar en que venia sentada. Las doncellas esparcian flores á su tránsito, los hombres elevaban palmas y laureles, y las madres levantaban á sus hijos á fin de que percibiesen su sonrisa y les hiciese eternamente felices el brillo de su mirada. Arrastraba yo entonces una ropa talar, una toga, señor, porque ha de saber V. que aunque jóven ya pertenecia á la majistratura de *Francia*; pero ignoro que especie de vértigo hubo en mi cabeza, cuando deslumbrado por las divinas gracias de su persona, la humillé en el polvo saludando al jenio tutelar de mi patria.

Guardó silencio algunos momentos , hasta que al fin cambiando de tono ató de esta suerte el hilo de su discurso.

—V. es , según trazas , un alemán , un príncipe , un señorón que ha nacido en el mismo país de nuestra reina , país sobremañera fecundo en belleza y candor!... Pues bien ; aguárdeme mañana en el parque junto á la estatua de *Apolo* , y sabré conducirle por breve y peregrino sendero á esa misma *Alemania* , cuyos limpios lagos , sabrosos pastos é inocentes rebaños recuerdan los afortunados tiempos de la vida pastoril. No haga V. falta : el paseito será agradable , enteramente nuevo para V. , y sobre todo prometo revelarle mil cosas concernientes á nuestra divina reina.

Me tomó la mano y se despidió de mí. Habíale prometido ser puntual á la cita y era tan vivo el interés que me inspiraba su desgracia , que contaba con no faltar á esta promesa.

CAPITULO VIII.

EL CUARTO DE MARIA ANTONIETA.

APENAS entró mi madre en los espaciosos patios de *Versalles*, cuando por orden especial de la reina fue introducida en las estancias de su habitacion privada. Aquel palacio tan criticado de los que se precian de conocedores, es á mi juicio un monumento colosal, digno del gran monarca que lo mandó construir. Dificil seria imaginar mayor profusion de oro, relieves y pinturas. Sobrecargan los techos, decoran las ventanas, coronan las puertas con la prolijidad del arquitecto chino edificando una pagoda, y los vastos y magníficos salones reproducen á cada paso en mármoles, metales y tapices la majestuosa

imájen del gran rey. Reinaba profundo silencio á la hora que entré en el inmenso edificio: paseábase en lo alto de la marmórea escalera un *guardia de corps* á paso lento: varios empleados de la servidumbre formaban grupos dentro del primer salon, y en la sala de guardias hablaban algunos jefes de batallas y entreteníanse los oficiales en talarear *sotto voce* las mas lánguidas arietas. Hiciéronme atravesar el *ojo de buey*, famosa antecámara, en cuyo estrecho recinto se reunia la primera corte del universo, y contemplé un instante la vasta galería, desierta entonces y debilmente alumbrada, donde el pintor *Lebrun* representó las batallas de Luis XIV. Deslizábanse á manera de sombras los que á la sazón la atravesaban, y por un efecto de esta claridad dudosa los héroes parecian combatir, tremolar las banderolas de las tiendas, moverse los escuadrones, y el *Rin*, nuestro impetuoso *Rin*, elevar sus ondas para cerrar el paso á la *Francia* que á banderas desplegadas, rica de oro, de insignias y plumajes amenazaba vadearlo. En efecto: hé allí

la antigua bandera, he allí las bandas donde brillan los colores favoritos de la belleza, he allí los poetas prontos á inmortalizar tantas hazañas, y todo el gran siglo marchando pomposamente á la guerra cual si se dirijiese á un torneo.

Aquella era la hora en que el rey Luis XVI, huésped casi desconocido en el recinto de un palacio apenas bastante capaz á la magnificencia de su abuelo, despedía la corte para entregarse á suavisimos coloquios con su familia. Todo hasta la ambicion guardaba silencio, y mientras buscaba yo á mi madre pude facilmente observar como se iban retirando los demas, los palaciegos y los ministros.

Introdujéronme, en fin, en el mismo cuarto de la reina donde me aguardaba la princesa de *Wolfen* desde muchísimo tiempo. Halléla entretenida en contemplar un retrato de su discípula brillando como la luna entre las estrellas en medio de los demas de la familia real, que adornaban las entapizadas paredes. La elegancia, riqueza y buen gusto

de tan réjio aposento anunciaba la especie de deidad que lo habitaba, y á no haber sido por las flores de lis y el águila imperial de dos cabezas, mas bien que en la estancia de una reina hubiérame creído penetrar en los profundos templos de Citéres. Mas feliz mi madre que yo para dar á cada objeto su valor, recorría con la vista cuanto indicaba la gracia y la delicadeza de la hija de su emperatriz. Aun muchos años despues de semejante acaecimiento, solia recordarme la túnica de dormir con botonadura de filigraua, la gorra de encajes destinada al abrigo de la mas linda testa, y sobre pérsica alfombra donde se veia primorosamente dibujada una escaramuza de *Guelfos* y *Ghibelinos*, el pulido chapín digno de una dama chinesca por su breve forma y salpicante bordadura.

No pocas veces en el discurso de mi vida he querido figurarme cual seria el asombro del primer desalmado que en la horrible noche del 6 de octubre de 1792 tuvo la audacia de introducirse hasta el mismo cuarto de la soberana de los franceses. Rómpease la puer-

ta, la reina medio desnuda escapa como milagrosamente, y el salteador detiénese en aquel santuario cual si empezase á penetrar todo el sacrilegio de su osadia. ¡ Baldon eterno al pueblo que quebranta el respeto á la mansion real ! Todo lo atropella é interrumpe... el descanso del monarca, el augusto silencio de su domicilio, el gabinete de las princesas donde se ocultan el elegante desorden de sus galas, los objetos privilegiados de sus caprichos, y el inocente artificio con que realzan las hermosas el hechizo de sus gracias. ¡ He aqui lo que deshonra mas á los pueblos que los mismos horrores de una volcánica exaltacion ! Prefiero contemplar á *Maria Anionieta* encaminándose á la guillotina que verla saltar del lecho en lo mas tenebroso de la noche siniestramente alumbrada por las teas de los asesinos. ¡ Ah ! menor es la degradacion que hallo en matar á una mujer, que la que descubro en el oprobio de insultarla.

Si bien al entrar en el palacio de *Versalles* estaba lejos de preveer los trájicos suce-

sos que se habian de verificar en su recinto, ignoro qué secreta pasion me movia á contemplarlo todo con el respeto que se profesa á la desgracia ó á la tradicion histórica. Cuando entré en la estancia del gran *Federico*, y arrodillado al pié de su lecho imprimí los labios en la mesa de que se servía para trazar sus planes y escribir sus hazañas, ni las piezas habitadas por aquel héroe, ni el sitio donde exhaló el último suspiro, ni el apartado gabinete, asilo favorito de su concepcion creatriz produjeron en mí el efecto casi májico del cuarto de *Maria Antonieta*. Atribuiréisle tal vez á las influencias de aquel oloroso rastro de sí misma con que embalsama una mujer jóven, elegante y hermosa los lugares que habita; pero no... sentíme de repente trasportado á una atmósfera que, semejante á los inciensos del templo de la gloria, infundia á mi pecho un caballeroso aliento.

De esta suerte estuvimos aguardando larguísimo rato, admirándose mi madre de que una reina de *Francia* no ocupase á tales

horas sus aposentos. Por lo que á mí hace distraíame pensando en el acaso feliz que desde el fondo de *Alemania* me traia en hora desusada á tan suntuoso cuarto de *Ver-salles* para esperar á la dama mas hermosa del universo.

CAPITULO IX.

SOCIEDAD ESCOGIDA.

Por aquel tiempo pasaba la reina las veladas hasta la hora de retirarse en los aposentos de la princesa de *Polignac*. Rodeada de los caballeros mas finos y discretos de la corte y de las damas en quienes campeaban la agudeza y la hermosura, solia entregarse á los atractivos de una sociedad llena de ática sal y amabilísimo chiste, descargada de la fastidiosa etiqueta que aun mantenian en su punto las antiguas duquesas y los ceremoniosos cortesanos de Luis XV. Campeaban en ella la oportuna interrupcion que anima el coloquio, y la sonrisa que lo hace festivo reunidas á la elegancia, á la viveza y al culto

*

deseo de sobresalir sin ofender. *María Antonieta* dejaba allí de ser reina para representar el papel mucho mas grato de dama sobresaliente en talento, hermosura y donaire.

Impaciente al principio de cierta velada, taciturna, desapacible casi, si alguna vez pudo achacarse á *Maria Antonieta* tal defecto, manifestaba vehementes deseos de que llegase la hora de su sociedad favorita. Sonaba en la parte de afuera una de aquellas tempestades de invierno en que se cruzan los rayos sin que les preceda el trueno, formando tétrica armonía con el ruidoso aguacero y el bramido de los aquilones. La presencia del rey mantenía á raya la jovialidad de los circunstantes, y como se habia suscitado una discusion de geografía, su ciencia favorita, recelábase que tardaria en retirarse. Era Luis XVI esposo tierno, cariñoso padre, indulgente monarca y buen amigo, pero harto fácil á ciertas inquietudes que ocultaban hasta cierto punto la franqueza y la serenidad de su ánimo.

— ¡ Con qué lentitud se mueve la saeta de ese reloj ! dijo la reina en voz baja á la señora de *Lamballe* : á este paso yo te aseguro que nunca llegaremos á la media noche. Adelántala , si no quieres que muera de impaciencia y fastidio.

Adelantóla en efecto , y echando la reina una mirada melancólica en el disco de porcelana donde se leían las horas , prosiguió en estos términos su silencioso coloquio.

— Paréceme ahora que haya cobrado sobrada vivacidad... ¿ no te acosa el miedo, *Tais* , añadió inclinándose á una jóven que estaba sentada á sus pies , sabiendo que se acerca el momento de consultar el nigromante ? ¿ Estarias enfadada contra mí por el capricho de sujetar tus verdes años á tan peligrosa consulta ? Si tal hubiese , disimúlalo á tu reina , ó perdónalo mas bien á tu amiga , princesa de *Montbarrey*.

La princesa levantó por única respuesta los ojos hácia su soberana con una singular espresion de gratitud y cariño.

— Bien se conoce , dijo á la sazón la seño-

ra de *Lamballe*, que la reina sabe medir nuestro afecto con los bellos pasatiempos que nos proporciona. Solo falta que quiera desterrar el invierno y restituírnos la primavera, única y verdadera imájen de sus gracias.

—¿Y por qué apresurar su llegada? repuso la reina. Las nieves de esta estación y la tristeza de sus auroras tienen también su atractivo para un alma sobresaltada y melancólica. La primera nos trae entre otras flores aquellas modestas violetas que tanta languidez te inspiran, sin embargo de que su misma humildad debiera servir de recomendación á tu indulgencia.

Oyendo la señora de *Lamballe* el nombre para ella fatal de aquellas flores, inclinó la cabeza, sus hermosos cabellos cayeron en desórden por la espalda, y la congoja de su pecho apenas le permitía respirar.—Cálmate, cálmate por Dios, exclamó la reina con la verdadera ternura de una amiga: yo te prometo no mentar el nombre de unas flores tan contrarias á tu reposo.

La manecilla del reloj señaló las once. El rey en todo puntual y metódico se levantó para retirarse. Abrazó á su esposa y dirigiéndose á la antesala donde le aguardaban algunos gentiles-hombres, pasó por delante de la señora de *Lamballe* y dijo echando una ojeada á la reina con aquella afabilidad que anunciaba la melancólica calma de su espíritu—nada temais, señora, no tardará en recobrar su temple naturalmente poco jovial.

Siguióle la reina con los ojos y volviéndose á la condesa *Julia*;

—Paréceme, díjola, que hayamos cometido una grande indiscrecion ; y (cual si quisiera castigar su anterior impaciencia juvenil) —no tardará en dar la media noche , prosiguió ; nuestra amiga está indispuesta y acaso seria lo mejor que dejásemos lo del mago para otra velada.

—Si V. M. me permitiese dar mi parecer, observó el marques de *Vandrevil*, dijera que en efecto seria lo mejor. La noche ha sido tormentosa de suerte que no podia tener buen agüero el vaticinio que se haga bajo

de su tétrica influencia. ¿Gusta V. M. de oír en cambio algunos versos inéditos del malogrado *Malfilatre*?

Al eco de estas palabras reanimóse la princesa de *Lamballe*, y como si despertara de un sueño preguntó con aquel aire lánguido que le paraba tan bien y había puesto en moda:

—Pues qué ¿está resuelto que no veamos esta noche al adivino?

—Cabalmente me han asegurado, interrumpió la linda duquesita de *Fitz-James*, que presentan los astros una conjunción benéfica, y acaba de añadirme al oído la princesa de *Tarento* que será grande su desconsuelo si su curiosidad queda burlada.

—Quisiéramos saber, repuso la reina, la opinion del príncipe d' *Esterhuzzi*, pues para decir verdad, si no hubiese graves inconvenientes, preferiria cuatro palabras del hechicero á los mejores versos de nuestro parnaso.

—Nada tengo que oponer á este deseo, respondió el príncipe: solo me permitiré la

observacion de que ha costado infinito el decidirle á venir. Téngase presente que no es hombre á quien facilmente se maneje. Sombrió, caprichudo, con un carácter tan discolo como pertinaz, la lucha ha sido larga entre los dos.

—¿Pero supongo, repuso el marqués de *Vandrevil*, que no se le habia dicho á qué sitio le conducen y mucho menos el augusto personage á quien tendrá la honra de hablar? ¿Supongo que habreis tenido gran cuenta de no comprometer á la reina, señor príncipe d' *Esterhazzi*?

—¡Siempre prudente y leal, exclamó *Maria-Antonieta*; siempre adicto á mi persona por el noble estímulo de vasallo y caballero!... ¡Ah!... ¿qué tal se encuentra, prosiguió tomando un tono melancólico y solemne, la señora marquesa de *Vandrevil*?

Esta inesperada pregunta interrumpió la conversacion. Bien conocido era en aquella sociedad el afecto que profesaba la reina á las nobles cualidades del marqués; no menos que la hidalga resolucion de este cortesano

en haber burlado el peligro repentinamente casándose para doblar la barrera del deber contra tan funesto cariño. Las señoras de *Polignac* y de *Lamballe* corrieron á la reina y besáronla las manos humedeciéndolas con sus lágrimas, mientras absorta *Maria-Antonieta* y temiendo haber andado indiscreta manteníase con la cabeza inclinada, sin atreverse á dar curso al llanto que asomaba por sus párpados. El marqués, por otra parte, no menos confuso, estaba pálido y taciturno, sin levantar los ojos, temiendo ser como el blanco de los presentes. Dificil fuera desviar la atencion y romper aquel embarazoso silencio, si no ocurriese afortunadamente á madama de *Chalons* la presentacion de mi madre. Aprovechóse, pues, para dar diferente curso á las ideas de tan plausible pretesto.

—Si gustase V. M. de recibir á la princesa de *Wolfen*, dijo, está aguardando en los aposentos de *Versalles*.

—Hacedla venir, buena *Chalons*, exclamó la reina como sintiéndose aliviada de un

gran peso : se me había pasado la audiencia que la dí para este dia. El hallarnos en las estancias de la princesa de *Polignac* facilita que entre sin que preceda la presentacion. ¡ Ah ! la señora de *Wolfen* ha sido la íntima amiga de mi augusta madre , y no pocas veces allá en los dias felices de mi infancia fuí objeto de sus tiernas atenciones. Introducidla, buena *Chalons*, y vosotras, señoras mias, añadió volviéndose á las damas, tened la bondad de darle favorable acogida aun cuando la halláseis sobrado austriaca en su trage y ademanes.

CAPITULO X.

GALERIA DE RETRATOS.

MADAMA de *Chalons* salió en busca nuestra. Hízonos atravesar diversas habitaciones de la reina, aun las que estaban menos espuestas á la vista de las jentes, como la biblioteca, el ovalado, gabinete donde reproducian su imájen mil espejos venecianos y el disimulado cuartito en que mas gustaba retirarse, acaso por su silencio, acaso por la agradable contraposicion que formaba con los suntuosos aposentos del alcázar. Figúrese el lector una estancia alhajada con delicadeza y buen gusto, pero con sumasencillez; sutilmente embutida en el muro, y misteriosa por tan

to cual los subterráneos laberintos de las pirámides ; una estancia á la que iluminaba aquella luz semi-opaca , aquella media tinta semejante al crepúsculo vespertino tan propicio para la meditacion como favorable al descanso. Alli solía refugiarse la princesa para huir del bullicio de su corte , no ver las interminables líneas de sus jardines, ni escuchar el monotonó murmullo de las aguas, las súplicas de los cortesanos , ó las altisonantes hipócrisis de los aduladores. ¡ Cuántas veces en los momentos de mayor concurrencia desaparecia de las réjias salas ó de la cámara imperial para entregarse en este silencioso asilo á los amargos presentimientos de su corazón !

Una escalerilla de escape conducia desde alli á las habitaciones de la princesa de *Poignac*. Hízonos descender por ella la ilustre conductora con gran fastidio de mi madre por haber de andar como de bolina , merced á la desproporcion de las líneas de su traje. No sabré decir á punto fijo las ideas qué la ocuparían, pero aquel recibimiento nocturno,

aquella escalera desusada y angosta en un palacio donde la principal era objeto de una historia, la hora desproporcionada para toda audiencia, segun los ritos del ceremonial cesáreo, y la especie de misterio con que se procedia, debieron causar en el pecho de aquella señora cierta novedad mezclada de inquietud.

Abrese en esto una puertecita, cuando aun no creíamos haber llegado al último escalon, y nos hallamos en iluminada sala de arquitectura moderna y á la presencia de varias damas vestidas con palaciego desaliño, pero luciendo por la elegancia de modelos, la hermosura del semblante y el donaire flexible de sus cuerpos. En mi vida he visto grupo tan gracioso: un conjunto de ojos, hermosos éstos por su travesura infantil, aquellos por su amorosa languidez, notables todos por su proporcion y su brillo: un conjunto de rostros ovalados, suavemente abatidos ó plácidamente risueños: un conjunto de boquitas con lábios de coral y dientes de márfil, asomando cierta sonrisa por ellas, que

solo aguardaba una seña para convertirse en irónica.... ¡ah! difícil, imposible fuera negarse á una impresion de sorpresa y de placer. Brillaba la reina en medio de todas, y advertíase en cada una no solo cierta solitud en cercarla, sino el cariñoso ademan de arrimarse á su persona. Estaban algunas á sus pies, otras puestas de rodillas á su lado como si fueran los brazos del taburete que la servia de asiento, descollaban estas por la espalda detras de su erguida cabeza, y colocadas aquellas como en segundo término elevaban las suyas en la estremidad del grupo. Por lo que hace á los caballeros permanecian en el ángulo opuesto, y se pusieron en pie para recibirnos.

Mi madre desempeñó con mucho garbo el ceremonial de tan honorífica admision. Su figura, sobre presentar aun bastante nobleza y gallardia, despedia aquel buen olor de urbanidad que tanto distingue á los cortesanos, y como habia conocido á *Maria Antonieta* desde niña, tuvo distinguidísima acogida á pesar de sus góticas alhajas y el

desmesurado vuelo del tontillo. Así que, asemejándose á un navío de tres puentes, apareció la enorme dama en el aposento, corrió la reina hácia ella, y abrazándola con filial ternura, manifestó á la sociedad la atención y el respeto con que deseaba que fuésemos recibidos.

—Bien llegada, muy bien llegada, princesa, decíala con su natural amabilidad; os doy gracias de no haber echado en olvido á vuestra reconocidísima pupila.—También esperábamos á ese amable fujitivo de la corte de mi hermano, añadió dirigiéndose á mí, pues no le parezca al señor filósofo que ignoremos por acá las peligrosas opiniones de que se jacta. Muy desairadas, sin embargo, habíamos de ser si no lográsemos que renunciára á ellas en nuestra compañía, tanto por el decoro de la casa de *Wolfen* como por la suma cortesanía que le distingue.

Y volviéndose á sus damas—¿por qué me ocultaba la condesita *Elena* que tenia un primo de tanto mérito? preguntó sonriéndose.

La hermosa doncella á quien hablaba era

la misma compañera de mi infancia, amable niña de quien ya sabe el lector que conservaba un delicioso recuerdo. Sonroseáronse sus mejillas á las últimas palabras de su soberana, y acercándose á mi madre no sin donosa timidez abrazóla tiernamente al paso que correspondía á la afectuosidad de mi saludo con estudiada reverencia. Confieso que me desplugo infinito el ver que la misma jóven que me llamaba *hermanito* en *Alemania* me tratase en *Francia* con tanta reserva y ceremonia.

Terminadas las saluciones de costumbre, la por todos estilos digna soberana de aquel círculo, hizo sentar á mi madre al mismo tiempo que volvía á ocupar ella el taburete de costumbre. Mi prima *Elena* se puso de rodillas á su lado, y pasando la reina el brazo en torno de su marfilado cuello, divertíase en deslizar los dedos por entre los bucles de su lustrosa cabellera.

—Decidme, princesa, continuó, decidme como dejasteis al emperador. Supongo que siempre sano y activo, paseándose sin guar-

dias ni séquito , descendiendo á trivialidades poco dignas de la magestad, y recorriendo la capital de su imperio cual pudiera un empleado de rentas sin insignia , condecoracion ni distintivo, ¿ no es eso...? ¡Envidiable libertad si una de las cargas de las personas reales no fuese el decoro de que deben revestirse!

—S. M., respondió mi madre , no ha seguido en esto las huellas de la augusta emperatriz ; pero no manifiesta menos celo que mi ilustre protectora en procurar á sus súbditos la paz y la abundancia.

—¿ Y no me direis , condecito , interrumpió la reina dirigiéndome nuevamente la palabra , qué tal lo pasa el *abate Metastasio*? Es el ingenio predilecto de mi alma y el único preceptor que haya sacado algun provecho de mi inaplicacion y descuido.

—Señora , respondí , continúa celebrando las gracias de su discípula , y el pueblo no se cansa de aplaudirlas.

—Mucho debo á *Metastasio* , continuó la reina : á no ser por su perseverancia é industria , hubiérame venido sin tener elemen-

tales nociones de ninguna lengua. Puedo asegurar que de todos mis maestros solo él correspondió á la confianza de la emperatriz. ¡ Dios mio ! aqui está la princesa de *Wolfen* que no dejará de acordarse de las travesuras de mi niñez , de nuestras correrías por el parque y del miedo que me sobrecojió al haber de venirme á este hermosísimo reino, donde es tan pura la felicidad que disfruto. Mas no porque soy francesa me olvido de que fuí alemana : amo mi pais natal , á mi familia , á mis amigos , y la señora de *Wolfen* tendrá la induljencia de que la fastidie con mil preguntas acerca de tan dulcísima patria. Quiero por lo mismo que me pertenezcais desde ahora : yo misma os presentaré al rey mi esposo , os mostraré mis hijos , sobre todo el graciado Luis , en cuya donosa figurita, el amor de madre no me engaña , veo brillar la cultura de las lises con la arrogancia de las águilas. Bien es cierto que ya se acabaron las fiestas y que solo reina en este alcázar un tétrico silencio ; pero vos , princesa , nunca fuisteis inclinada al bullicio , y por lo que

*

toca á vuestro noble hijo , toleraremos que en este solo punto quiera preciarse de filósofo.

No sabia mi madre como corresponder á semejante gracia y bondad ; la misma emperatriz *Maria Teresa* no se manifestára con ella tan franca , familiar y jenerosa , y como se añadia á esto el deseo de reconocer en la reina que tenia delante aquella graciosa niña á quien infinitas veces acariciara y divertiera , no es facil ponderar la extraordinaria mezcla de agradecimiento y ternura que penetraba en su pecho. Era efectivamente *Maria Antonieta* la mujer mas hermosa de su siglo. Su descollante cuerpo , su brevísima cintura , el aire majestuoso del semblante templado por cierta sonrisa fujitiva y hechicera , infundian á la par amor y respeto , confianza y timidez. Su mirada penetrante como la del águila ó amorosa como la de la gacela , era capaz de enternecer á un bárbaro y de convertir en héroe al hombre mas flemático y cobarde. Anunciaban sus modales toda la cortesía francesa , al paso que manteniéndose erguida

la noble testa sobre sus hombros recordaba á cuantos la miraban el ilustre tronco de los césares.

Todo se necesitaba en efecto para eclipsar á una persona tan perfecta como la princesa de *Lamballe*. Lucia esta dama no solo por la rara belleza de sus facciones, sino por cierta melancolía del semblante, indicio de las desgracias que desde su primera juventud empezaron á perseguirla. Aquel ojo brillante y húmedo, aquella boca entreabierta como esforzándose por sonreirse, aquella testa algo inclinada sobre el hombro, verdadera imájen de una tierna flor sobrado espuesta al ímpetu de los huracanes, producian en el ánimo el deseo de arrostrar los mayores peligros para conseguir siquiera una mirada de tan celestial criatura. Envuelta en pieles de armiño y corriendo en velocísimo trineo, apareció por los últimos dias de noviembre á los ojos de su augusta amiga, que embelesada al aspecto de tan peregrina hermosura no pudo menos de esclamar: "hé aqui la imájen de la primavera con el manto del invierno."

Sin embargo, la palma de la hermosura debia entregarse despues de la reina á la princesa de *Polignac*. Llevaba aquella noche con estudiada negligencia un vestido mas blanco que la leche, el cual dejaba traslucir los delicados contornos de su cuerpo. Encendida rosa entresalia por los flotantes bucles de su cabellera, y recordaba el desmayado ademan de su postura, aquella abstraccion suavemente melancólica de *madama de La-Valliere*. No sé qué especie de atractivo encontramos los hombres en el sabroso enajenamiento de una jóven, que nos parece con él mas lánguida, mas sumisa, mas propia á despertar la demencia del verdadero cariño. Los suspiros de *Heloisa* bajo las bóvedas del monasterio y el llanto de *La-Valliere*, abrazada á la cruz de las carmelitas hablan con una elocuencia algo mas penetrante que la arrogancia de *Maria Teresa*, y el varonil ademan de *Catalina*.

No se escapó á la reina la impresion que hicieron á mi madre las damas que la rodeaban, por lo que haciéndola arrimar junto á

sí, enteróla en voz baja de su calidad, de su discrecion y de otras cualidades que las distinguian. Bien pronto la conversacion se hizo jeneral: los caballeros se acercaron á las señoras, y se trató de los ministros, de la asamblea nacional y del espíritu que reinaba en las provincias, sazónándolo y amenizándolo todo con agudas observaciones, con bien trazados bosquejos, y aquella sal ática, sabroso aliciente de la corte de *Luis XIV* y de la sociedad íntima de *Maria Antonieta*. Esta reunion de hermosas damas y de cultos caballeros, en torno de una princesa no menos distinguida por sus prendas que por el elevado puesto que ocupaba en el mundo, este grupo de cortesanos sin adulacion, y de príncipes sin etiqueta, hízome olvidar por un instante todo lo que habia visto y oido, figurándome que empezaba á conocer la buena sociedad en el último fragmento que se ha conservado en *Francia*, de la que tanto contribuyera al realce de su corte en el postrer período del siglo anterior. Ofrecíame además el peregrino aliciente de regalar mis

oidos con un lenguaje sonoro, delicadísimo y agudo : no tanto aprendiera en una academia de pureza y buen estilo el arte de dialogar con viveza , de relatar sin fastidio , de interrumpir con decoro , y no teniéndose idea en *Alemania* de semejante aticismo , es imposible ponderar al lector el embeleso con que escuchaba á unos personajes ya célebres en la corte de *Maria Antonieta*.

No dejé de mirar á escondidas en qué se ocupaba mi prima, y halléla sobremanera atenta á lo que se decia, aunque sin tomar gran parte en la conversacion. Tocó en esto la media noche el antiguo reloj de aquel palacio : el sonido de la campana vibró largo rato despues del último golpe , prolongándose por las galerias de Versalles, y turbóse la reunion cual si lo escuchasen por la vez primera. Un momento despues se abrió la puerta y entró un criado anunciando con alterado semblante al príncipe de *Tarento*, y á un desconocido que traía los ojos vendados. El silencio era profundo ; súbito terror se habia apoderado de los circunstantes , y

nadie se atrevia á cargar con la responsabilidad de consejero.

—¿Quiere V. M. que pase adelante? murmuró al fin en voz baja madama de *Polignac*.

—Asegúrase que su prediccion es infalible, respondió la reina, y que nada ha sucedido al duque de *Orleans* que no fuese conforme al vaticinio de ese hombre extraordinario.

—Paréceme, repuso con viveza el príncipe de *Adhemar*, que no se arriesga mucho en consultarle. Sea cual fuere el color de su presagio no nos privará de que nos entreguemos mañana á la distraccion del baile con todo el fuego de la juventud y del amor. ¿Y para qué desconfiar, señoras mías, del astro que tanta gracia y seducción ha derramado en vuestras almas? La dulzura anjelical de esos semblantes será mas que suficiente para que deje de buscar el astrólogo en las estrellas las constelaciones celestes.

—No obstante, opuso con su natural melancolía el marques de *Vandrevil*; no juzgo

discreto el familiarizarse con tales entes , ni darles el triste derecho de que nos echen un conjuro. He conocido en *Escocia* á una mujer dotada de *segunda vista* , la cual veía distintamente desde su pais cuanto pasaba en el cuarto de *Luis XV* al tiempo que yacía el cadáver de este monarca sobre el terciopelado atahud de ceremonia. Yo os aseguro , *conde de Adhemar* , que si aquella vieja agorera hubiere llegado á tocaros con sus dedos descarnados y mústios , no dejarais de estremeceros por mucho que os precieis de incrédulo y valeroso. Esas jentes poseen mil arcanos para humillar al mas valiente , y tienen un diccionario de palabras lúgubremente terribles que erizan los cabellos y hie-lan la sangre en las venas.

Volvió á entrar el criado para decir que el incógnito estaba impaciente y que iba á marcharse como no se resolviesen á admitirle.

Ea , exclamó la reina , pasemos el *Rubi-con* , decidle que entre , y si *Vandrevil* recela , colóquese enhorabuena á mis espaldas

para presenciar el efecto que ha de producirnos su presencia. Cúbranse el rostro las señoras con los abanicos y manténganse firmes los caballeros sin dar muestras de debilidad ó tibieza. ¿Quieres, Elena, que nos ocultemos las dos bajo de este velo? Tu estatura es igual á la mia, y todos convienen en que me asemejas algun tanto, por lo que no podremos menos de meter en confusion al buen astrólogo.

Dijo, y echando un largo velo sobre entrambas, negro y mortuorio como el que arrojan á la doncella tendida en medio de la iglesia cuando pronuncia los votos de castidad y clausura, confundiéronse en tales términos, que ninguno de los circunstantes hubiera podido distinguirlas. Por lo menos puedo asegurar, que hice el ensayo de ver si me revelaba el corazon cual era Elena, y no supe adivinarla.

CAPITULO XI.

EL AGORERO.

PRECEDIDO del príncipe de *Tarento* , cuyo talante era mas solemne que de costumbre , apareció en medio del círculo un hombre alto , moreno y cejijunto. Su equívoca belleza infundia en el ánimo aquella desconfianza de instinto , que carece de fundamento sólido. Asi que le desvendaron los ojos revolviéndolos audazmente en derredor sin manifestar sorpresa de la que pudo muy bien advertir en aquellas damas. De ellas los pasó á los hombres , cuyo sereno é indagador continente era menos favorable á las sutilezas de la májia. No se turbó por la flemática reflexion con que iba á ser juzgado, y aguar *

dando que alguno tuviese la osadía de consultarle, mantúvose en pié sin muestras de orgullo ni de bajeza, sin provocar la lid, pero sin temerla.

—Puesto que nadie se apresura, dijo *Bezzenval*, allá va mi mano por si el señor nigromante alcanza á leer en ella la dolencia de que habré de morir.

—Indigestion ha de ser como escapeis de los gorros colorados.

Al eco de una salida tan inesperada sonriéronse las damas y hubo cierto movimiento en los caballeros.

—Muy bien, amigo, respondió *Bezzenval*: parece que conoces el oficio prefiriendo salir airoso entre dos augurios al riesgo de desacreditarte con el vano esfuerzo de espantarnos. La muerte que me anuncias no es de las mas tristes; acéptola desde luego como cosa convenida y sin réplica.

En efecto; la prediccion era mas bien chistosa que imponente, y todos se sintieron dispuestos á vencer la repugnancia manifestada poco antes de consultar al incógnito. El

mismo *Vandrevil*, cuyo espíritu sufría lo que no es posible describir, quiso acallar de un golpe sus recelos.

—Hé aquí mi mano, exclamó saliendo con paso firme del ángulo en que se hallaba: esplicame, si te place, de qué género son las calamidades que me aguardan, pues haré todo preveo que nací para ser infeliz.

Al decir esto su voz tenía cierta dulzura que conmovía el ánimo sin saber por qué. Echó rápida mirada al manto negro y parecióme notar que aquellas insinuantes palabras hacían temblar á una de las dos personas que se ocultaban debajo. Por lo que toca al nigromante examinó las líneas de aquella mano con todo el respeto debido, y después de un instante de silencio soltó reposadamente la voz á semejantes razones.

—La diestra es de un caballero no menos ilustre que franco, cortés y leal. Alma generosa le anima, gentil belleza le ensalza; pero una pasión funesta ha destrozado su pecho. ¿Por qué obedece á otro impulso que al de la gloria? ¡Eterna mengua al pusilán-

me que desdeña las dulzuras de un amor purísimo por el vergonzoso recelo de que se convierta en criminal ! ¡ Infeliz !... ¿ ignorabas que el deber vence en las almas sublimes los desordenados ímpetus de un frenesí , y que el ídolo de tu predileccion es tan capaz de una amistad afectuosa como de honrar con sus virtudes el título de esposa y madre ? Levanta esa testa destinada á mandar legiones , no tengas en tan poco tu valor , y vive aun para ser el adorno de la corte en vez de únicamente interesarla con los melancólicos desvaríos de un enamorado vergonzante.

A medida que de esta suerte hablaba , su talla parecia mas alta , su voz mas recia y su acento extraordinario y sepulcral. *Vandrevil* en tanto ofrecia la espantadiza imájen del que se cree próximo á luchar con la influencia de seres sobrenaturales. Apenas acertaba á moverse cual si clavado lo hubiesen en el mismo sitio donde acababa de oir la terrible prediccion , y solo recobró un poco la serenidad percibiendo de nuevo el eco lúgubre del incógnito.

—En cuanto á vos, decia al príncipe d' *Esterhazzi*, vos cuya alma naturalmente sensible os convierte en amigo fiel y en amante generoso, nada debeis temer de los hombres en particular, pero sí de ese gorro sanguíneo que contemplo rodando sobre vuestras cabezas como astro de funestísimo augurio.

—Amigo brujo, interrumpió el conde de *Adhemar*, permíteme decir que tus palabras son sobrado oscuras para un nigromante de buena cantera. Te juro que me burlaré en tus barbas de tu pretendida ciencia, como clara y distintamente no me espliques lo que viene á ser esa gorra pecadora que ha de causar tanto desconcierto.

—Me parece, respondió, que estoy hablando á caballeros.

—Y caballeros de muy buena cepa, respondió el príncipe.

—¡Pues á qué maravillaros de que os vaticine la venganza popular! ¡Ay de aquellos que la provocaron en sus locuras, que la despertaron con sus insolencias, que la hicieron indispensable con sus prodigalidades!

¿ Sois caballeros y pedís esplicaciones acerca de la tempestad que os amenaza?... Pedídselas á las hordas del arrabal de *S. Antonio* preparándose al asalto de vuestros alcázares, pedídselas á esos hombres descamisados que van recorriendo la ciudad al discordante son de los atabales y las trompetas...

—Mientes, gritó atajándole Adhemar, y esa lengua de vívora que con tanta ponzoña manejas no puede ser sostenida por un brazo fuerte y un corazon leal. ¿ Con qué derecho, despreciable charlatan, vienes á infundir terror á gentes de condicion apacible que solo te han llamado por un frívolo pasatiempo?

—¡ Charlatan! repitió el brujo: ¿ luego por tal me tuvisteis? ¿ Luego juzgasteis que se podia decir sin riesgo á un hombre de mi jaez, interrumpe tu lectura, tira el crisol, sufoca la sulfúrea llama de tus subterráneos laboratorios, déjate vendar los ojos, déjate conducir en medio del frio y de las nieves sin mas objeto que servir de huelga y solaz hasta que te echen á patadas cuando fastidies

ni mas ni menos que á un bufon , á un títerito , ó á un truhan ? ¡ Oh ! bien quisiera poderos lisonjear con risueña perspectiva... pero no he venido por mi gusto , sino llamado de los mismos á quienes rasgo á pesar mio el velo de lo futuro... Basta de insultos , basta de fanfarronadas y ultrajes , que desprecio, y aprovechen este instante los que tengan suficiente valor para preguntarme su suerte.

Viendo mi madre la cólera del incógnito, el general asombro y la indecision de *Adhemar* , quiso poner un término á semejante incertidumbre teniéndole la mano con inocente confianza. Una señora tan bondadosa é injénua era acaso la única que no tuviese recelo en consultarle.

—Hé aqui una mano , respondió , que solo promete mansa condicion y envidiable tranquilidad. Cuando callan los vientos y alegran las selvas los cantos de Filomena, todo anuncia el sosiego de la naturaleza y la esperanza de una noche placentera.

Dió dos pasos , y cruzando los brazos so-

bre el pecho, detúvose ante la atónita princesa de *Lamballe* y dirigióla con reposado talante estas palabras.

—¡ Cuántas aves siniestras revolotean en rededor de esa testa, peregrino modelo de los alados querubines que sostienen el trono del empíreo ! ¡ Ay de mí ! en vano te prepara el amor lechos de rosas y pabellones de jazmines... ¡yaces sobre un sarcófago y abrazas ya la urna alabastrina donde depositarán en breve tus cenizas !... Y volviéndose á las damas que se habian amontonado en derredor suyo llenas de inquietud y temor:

—Perdon, señoras mías, exclamó; perdon para un insensato que os atemoriza con notable desasosiego de su espíritu. ¡ Ah ! nos ajitamos todos bajo la férrea mano de un inexorable destino... él abre las huesas, nos prepara inmundos lechos, nos hace lugar tal vez entre los pestíferos cadáveres de reos facinerosos... Rasgad por Dios esas blancas vestiduras : arrancad esas flores purpúreas, romped esas leves gasas, encaminaos á la pa-tíbulo á pie descalzo, suelto el pergamino.

*



cabello y levantando la palma de los mártires para que acepte el cielo el inocente sacrificio !

A tan ásperas palabras hizo un esfuerzo la señora de *Polignac* para levantarse de su asiento ; pero no pudiendo efectuarlo , volvió á caer sobre él lanzando un grito.

—Consoláos , princesa , díjole el incógnito con su voz lenta y sepulcral : vos sola podreis vanagloriaros de una tumba donde brillen en lustrosa lápida de mármol las armas de vuestra familia , aunque alumbradas por extranjero sol y sombreándolas los árboles de melancólica ribera.

La infeliz se quedó yerta cual la estatua que efectivamente descuella en la capital del *Austria* sobre su propio sepulcro.

La escena íbase haciendo espantosa: todos estaban embargados de terror, y algunas damas se cubrían el rostro con las manos , ó echaban un velo á sus ojos como para sujetarse á la penetrante mirada de aquel lúgubre adivino. Solo quedaban para blanco de sus tiros la reina y su compañera: movíase

lijeramente el sombrío velo que las cubria como el de aquellos cadáveres que por órden de algun siervo del Altísimo vuelven lentamente á la vida : ; Percibíase sin embargo cierta desigualdad en su leve ondulation, cual si indicase dos turbaciones diversas , sobresalto de reina y pusilanimidad de vasalla , el sentimiento profundo de una madre y el tímido suspirar de una doncella !

Acercóse en fin con paso medurado y grave aquel hombre de sobrenatural instinto hácia las desconocidas señoras , deseoso al parecer de leer en dos hermosas manos que le alargaban por debajo del velo mortuario. Tomólas, examinólas , y dejando oir su acento fúnebre , aquel acento que tanto estrémecia á los circunstantes ; habló de la manera siguiente :

—Paréceme estar contemplando dos manos de un mismo pais , mas no de un mismo individuo. Por lo que hace á esta es una mano vulgar , solo indicando los caprichosos placeres de una jóven, cuya mayor desgracia podrá consistir en la viudez. Cariñosas an-

sias , inocentes iras , fujitivos amores... ¡ ah! no os lisonjeeis , señorita , de la honra de la persecucion , ni creais que pueda yo confundir vuestra insignificante mano con esta otra mano , ese brazo; con este brazo , esas venas inciertas y levemente bosquejadas con estas que delineó el destino con terrible arrogancia y osadía. No ; prosiguió soltando la mano de *Elena* é hincando una rodilla ante la reina : ni bajo de un velo , ni bajo de una losa sepulcral habrá quien desconozca á V. M. ni quien equivocarla pueda por mas que pusieran á su lado las *Semíramis* ó *Cenóbias* del oriente. La estrella de V. M. brilla tanto en la dicha como en la desgracia , y será por esto que pertenezcais al número de aquellos seres privilegiados no menos notables en sus alegrías que en sus dolores. ¡ Señora! permitid á vuestro vasallo que , respetando el destino que os aguarda , no haya de pasar por el duro trance de presentaros el cáliz de la amargura.

La reina al oir esto arrojó el velo y alzando fieramente la cabeza :

—Quiero que habéis, dijo al incógnito: ora sea inspiracion, ora charlatanismo, ora perfidia, nada dejeis de anunciarme movido de un falso respeto: en una palabra todo lo habeis de decir. Tal es nuestra soberana voluntad.

Y viendo al marqués de *Vandrevil* entregado á una especie de frenesí:

—¡Animo! exclamó dirigiéndose á él: ¿qué influencia han de tener cuatro frases estudiadamente tenebrosas? La reina de Francia, marqués de *Vandrevil*, es muy superior al supersticioso prestigio de tan fútiles presagios.

Calló, y reinaba en la estancia lóbrego silencio. Todos deseaban y temian las palabras que iba á pronunciar el desconocido: todos con los ojos desencajados, con la boca entreabierta, con señales manifiestos de curiosidad y turbacion se disponian á no dejar perder una sílaba del importante vaticinio. Durante aquel breve intervalo oíanse los truenos de la tempestad, el áspero silbo de encontrados vientos, el salto de los arroyos

y el siniestro graznar de las aves nocturnas. Por lo que hace al nigromante, habíase levantado de su humilde postura y ajitándose como una pitonisa en lo alto de la trípode parecía desplegar una talla gigantesca y luchar con algun jenio invisible. En sus jestos y ademanes no solo habia novedad y misterio, sino manifiesta repugnancia en abrir las páginas de lo futuro.

—Cuando revuelvo los ojos en derredor de mí y contemplo ese reino envidiado de los mas altos monarcas, solo descubro un lago bituminoso y sulfúreo, cuyas turbias ondas anuncian un terremoto no menos destructor que el que derribó hace treinta años las torres de la orgullosa Lisboa. Abrese el globo en diversos puntos, asoman las azuladas llamas del subterráneo volcan, y arrojan sobre la tierra aquellos terribles genios del abismo, á cuyo impuro aliento desaparecen los reyes y trastórnanse las monarquías. Las imprecaciones que en su cólera profieren retumban en lo íntimo del pecho, entristecen la imaginacion, acibaran nuestros sue-

ños y trasforman palacios y vergeles en cementerios y patíbulos. En vano queremos cortar el veneno de su influencia... elévanse fantasmas á nuestros ojos erguidas y amenazantes como la flecha de *San Dionisio* que tanto atemorizaba á *Luis XIV*, y cuando vamos á pronunciar para nuestro consuelo los nombres de *Lauzun*, de *Artois* y de *Vandrevil*, un eco desapiadado y bronco repite los de *Cromwel* *Mirabeau* y *Orleans*.

Nadie pudo contenerse á la venenosa insinuacion de este último vaticinio. Al terror sucedió la cólera, á la cólera la venganza. La reina cayó sin aliento en un sillón, sacaron el acero los cortesanos, y fervorosas voces de *maldicion* y *muerte* se oyeron por la estancia. El desconocido, en tanto, con los brazos cruzados sobre el pecho y sin sobresaltarse á la vista del tumulto que amenazaba sus días, manteníase con la cabeza inclinada, abismado al parecer en los desvaríos de un misterioso enajenamiento. Era de ver que no quedaria sin castigo aquella audacia;

peró el príncipe de *Tarento*, cuyo honor estaba interesado en la conservacion y la seguridad del incógnito, desvió las espadas que amenazaban su cuello, detuvo los brazos alzados ya contra su testa sombría y arrancóle de aquel peligro haciéndole desaparecer casi á la fuerza.

Asi que hubo salido trocóse en abatimiento el furor. La fatídica voz resonando aun en los oidos de todos desesperaba á los demas, sonrojaba á los caballeros y arrancaba á los ojos de la reina amargo y fujitivo llanto. No sé qué mezcla de tristeza y confusion habia en los circunstantes que hacia estar á unos descontentos de sí mismos, y á otros temerosos de haber consultado á un hombre de cuya sobrenatural penetracion se contaban maravillas.

—¡Infame! exclamaba la reina sollozando: ¿le oisteis? Mejor hiciera diciendo de una vez que será nuestra suerte igual á la de los *Estuardos* que mezclar á *Lauzun* y *Vandrevil* con *Orleans* y *Mirabeau*. ¡*Mirabeau*, el dejenerado caballero, el cínico tribuno cu-

ya fatal elocuencia desdeñé comprar! Ah *Maria*! Ah *Täis*! yo percibo en lo íntimo de mi alma que ese hombre perverso se ha complacido en anunciarme la verdad! Sí: el trono decae, la monarquía desaparece, y nosotras únicamente culpables en pertenecer á ilustre esfera, culpables, digo, por desempeñar el puesto á que el Eterno nos destina, vamos sin remedio á perecer bajo de sus escombros.

—Volved en vos, señora; calmaos, ilustre amiga; todo eso no ha sido mas que pagar un poco cara la indiscrecion que cometimos; decíala con inesplicable dulzura la princesa de *Lamballe*. Complázcase V. M. en la presteza con que recupera la calma nuestro espíritu nada mas que apreciando en su justo valor los hiperbólicos discursos de un fanático. ¿No sois vos la coronada princesa de este hermoso reino de *Francia*, la esposa querida del rey *Luis*, la hija de *Maria Teresa*, la hermana del emperador *José II*? Alejad pues esos sombríos presajios, y restituidnos la amable reina y la escelsa amiga,

delicia de todo un pueblo y único consuelo de nuestro respetuoso cariño.

—¡*Vandrevil* tenia razon! continuó *Maria Antonieta*: nunca son vanos los vaticinios de los agoreros, pues por lo mismo que anuncian la desgracia alcanzan cierto carácter de infalibilidad. No, amiga mia, no os burleis de los presentimientos: aprended de mí como el mal planeta, que á veces influye al nacer, no deja tambien de influir al bajar la víctima al sepulcro. Vine al mundo cuando un terremoto derribó á *Lisboa*; vomitada fuí por un volcan... ¡qué mucho que otro volcan haya de tragarme un dia! Desde niña tuve misteriosos augurios de malhadada suerte, y bien se acordará la princesa de *Wolfen* de que al importunar en cierta ocasion con infantiles sollozos al emperador mi padre para que no saliera del alcázar, aguardábale la muerte á poca distancia de sus muros. *Josefa*, mi hermana *Josefa*, no menos celestial por el hechizo de sus gracias que por la mansedumbre de su condicion, acababa de ser otorgada al rey de Nápoles.

A la víspera de su partida mandóla mi madre que fuese á orar sobre los restos de la esposa del emperador actual, amabilísima jóven, cuyo cadáver bajaron pocos dias antes al réjio panteon. Tembló *Josefa* á semejante mandato: la sola idea de descender á la bóveda fúnebre y arrodillarse junto á una víctima de enfermedad pestífera y contagiosa, hacía retroceder y espeluzarse toda. Moriré, *Antonieta*, moriré en flor como nuestra pobre hermana, repetia... pero ¿quién se hubiera atrevido á contradecir la voluntad de *Maria Teresa*? Lo único que pude hacer para templar su amargura fue acompañarla al lóbrego recinto y mezclar mi llanto al suyo sobre las funerarias urnas. Pues bien, señoras mías; al salir del panteon apenas podia tenerse en pie; lánguida, desencajada, abatida, cual si la hubiesen echado algun conjuro... ¡el sello de la muerte marcaba ya aquella frente donde poco antes brillaron las risueñas gracias de la aurora! Harto lo sabeis, princesa de *Wolfen*... tres dias despues ví bajar su cadáver á la misma bóveda

y colocarle junto á la que le inspiró el fatal presentimiento de su muerte prematura.

En valde queríamos disuadir á la reina y alejar tan negras imájenes de su fantasía... El jénio del terror embargaba sus sentidos dejándole divisar tan solo sarcófagos y cadalsos.

—Desengañaos, continuaba, hay misteriosa correspondencia entre la muerte y la vida, ó si lo quereis mas claro, entre el suspiro final y los latidos del placer. Acuérdomede que moraba por los alrededores de *Viena* un ermitaño afectuoso y sencillo, que no se complacia en aterrar á los fieles sino vertiendo bálsamo en sus penas. Teníanle por *santo* y atribuian á sus palabras un espíritu profético. Quiso consultarle mi madre cuando fuí llamada á sentarme en el trono de *Francia*... Padre mio, ¿podia ser mas feliz? le dijo, ¿podia depararle el cielo una suerte mas brillante y lisonjera?—Tambien hay cruces para los mantos de púrpura, señora, respondió aquel santo anacoreta sin dejarse ablandar por las insinuaciones de su

soberana. Y harto lo veís, amigas mías, el presajio se va cumpliendo, y sabe el cielo que no siento tanto padecer como que la lealtad de vuestro afecto os haga partícipes de mi funesto destino.

Todos nos reunimos en torno de ella para rogarla casi con lágrimas que calmase la efervescencia de una imajinacion lúgubremente exaltada.

—¡Ah! prosiguió, no lo atribuyais á los delirios de una fantasia vehemente; atribuidlo al vaticinio que me anuncia desde la cuna un fin prematuro é infausto. ¿Olvidásteis por dicha el trastorno de la plaza de Luis XV en la época de mi matrimonio? ¿Olvidásteis aquellos catafalcos que se hundieron, aquellos infelices á quienes aplastaron, aquel desgraciado jóven que arrancó á su amada del peligro, que la llevaba en su espalda como en triunfo, y que cuando volvió el rostro para abrazarla hallóse con el cadáver de una mujer desconocida? ¿Y qué direis del suntuoso pabellon que elevaron para recibirme en la frontera?... Toda la historia de los

Atridas estaba representada en sus tapi-
ces... ¡horrible mezcla de asesinatos, vio-
lencias y perfidias!... un parricidio, un adul-
terio, un héroe devorado por las furias y mas
allá, amigas mías, mas allá no sé qué lívido
espectro con una copa de sangre!... ¡ay de
mí! todo aquello no era mas que una pre-
diccion!

Calló, y acompañámosla en su religioso si-
lencio. Al levantarse algunos instantes des-
pues, apagóse de repente una bujía de cua-
tro que puestas en rico candelabro de oro
ardían sobre maciza mesa de ébano en me-
dio del aposento.

Fuése despidiendo con ternura de sus ami-
gas, y al abiazar á la princesa de *Lamballe*
apagóse otra bujía con la misma prontitud
que la primera.

—¡Estraña cosa! murmuró entre dientes
el supersticioso *Vandrevil*.

—Estrañísima en efecto, repitió asombra-
da la princesa de *Lamballe*.

Al eco de esta estinguióse la tercera con
pasma de los circunstantes. Solo quedaba la

cuarta, pero ardiendo todavia con llama resplandeciente y pura.

—Como se apague tambien, añadió la reina en tono tétrico y solemne, yo os aseguro que se cumplirán en nuestras cabezas los presajos del adivino.

Volvióse á mirarla, pero... la misma mano invisible la acababa de matar.

CAPITULO XII.

Ni la espuela ni el látigo arrojes ,
Que acostumbran los muertos volar ,

Cancion de BURGUES.

Aquella noche la pasé en palacio, donde tuvo mi madre una habitacion correspondiente á su clase desde el siguiente dia. Ya se puede considerar que mi sueño fue agitado y lleno de imágenes espantosas. Habia entrado de repente en aquel misterioso salon de *Maria Antonieta* , á pesar de que tantas ambiciones y nombradías no podian pasar de la ante-cámara. Al aspecto de tan originales caractéres, al de aquellos hombres

á la vez pusilánimes y audaces, heridos ya por el terror de la revolucion, pero ardiendo aun en deseos de sofocarla, parecíame que progresaba la historia con increíble rapidez, y acordábame de la antigua cancion de *Burguer*.

No el bridon perezoso consientas ,
no las riendas flemático aflojes ,
ni la espuela ni el látigo arrojes ,
que acostumbran los muertos volar.

Los versos de esta composicion producen en mi ánimo un doloroso efecto. No pocas veces los he comparado á la historia de 1789 por la singular coincidencia de la celeridad que se nota en ambas cosas, sin embargo de pertenecer lo último al mundo fantástico.

Empieza describiendo una noche tormentosa: silban los vientos, braman los truenos, chispean las rayos, precipítanse los torrentes, y todo anuncia la destruccion del universo. En medio de tanta ruina distínguese una cabaña muy bien cerrada, dentro de la

cual duerme una doncellita con la tranquilidad de la inocencia. Despiértanla las pisadas de un caballo que se acerca : atiende, asústase, incorpórase y el caballo se detiene, y llaman por fin á la puertecita de la choza.

—Desciende *Luisa*, esclama el caballero; y al oír su voz brilla en los ojos de la jóven una lágrima de alegría.

—¡ Ah ! ya llegó mi amante, dice ; ¡ ya llegó mi Federico ! Bien venido, amor de mi vida ; el cielo ha querido que volvieses de la guerra para consuelo de tu *Luisa*.

—Está bien, responde ; pero apresúrate á montar en la grupa, que es fuerza partir.

—¡ Partir, *Federico* !... ¿Pues no te asustan ese arremolinado viento, ni esa oscuridad sepulcral, capaz de precipitarnos en cualquiera derrumbadero ?

—Nada me asusta, *Luisa*... dígotte que es fuerza partir.

—¡ Dulce cabaña mia, esclama la niña, asilo de mi inocencia, descanso final de mis padres, no sé qué presentimiento me indica

que si te abandono, no te he de volver á ver !...

—Si no despachas, insiste el caballero, verásme desaparecer.

— ¡ Ah ! no : responde tímida y amorosamente *Luisa* .. Y montando de un salto en la grupa ciñe con sus tiernos brazos la coraza del ginete. Mas rápido que la flecha que hiende los aires, mas veloz en su ímpetu que el viento del huracan que doblega las selvas, lánzase el caballo por desusadas veredas, y traspasa montañas, y salta torrentes llevando á los amantes como por arte mágico de horizontes en horizontes. Tiembla á cada paso la doncella, agítanse sus miembros, cierra los ojos para no ceder al vértigo de celeridad tan extraordinaria, y entre tanto no deja *Federico* de espolear al bridon repitiendo :

ni la espada ni el látigo arrojes ;
que acostumbran los muertos velar...

La cancion les lleva por fin á cierta ca-

verna donde entran á la media noche. Aquella era la hora en que se reunian los muertos para celebrar sus horribles danzas y festines. Véles Luisa levantarse de sus féretros, y cuál se encaraman sus huesos y se multiplican sus nervios tremolando sobre ellos las pesadas calaveras, que hacen heciodondos gestos al compás del áspero y desapacible ruido que producen tantas canillas, coyunturas y tendones. Alza *Federico* la visera, descíñese el casco y presenta en vez de testa humana una horrorosa calavera: quítase sucesivamente las manoplas, las carrilleras, la coraza, y cada miembro va completando el mas inmundito esqueleto. *Luisa* da un grito, y espira; pero al salir la nueva luna hállase danzando en el mismo festin de los muertos sirviendo de pareja al espectro de su amante.

Mi sueño me habia representado esta aventura, revestida del carácter lúgubre que tanta impresion produce en las antiguas crónicas, entremezclada con los singulares sucesos de la víspera. En los delirios de mi ima-

ginacion era *Luisa* la reina , *Federico* el agorero , y aquella multitud de espectros y cadáveres ya fétidos danzando sobre sus propios sepulcros , las víctimas que habian de ser sacrificadas por el gorro de color sanguíneo que atemorizaba al nigromante.

Al volver en mí , consoláronme un cielo puro y el sol mas brillante que hubiese alumbrado la Francia. Percibíase ya el movimiento que anuncia la presencia de un gran monarca. Apresuréme á salir de mi estancia , y ofreciéronse á mi vista las tropas del baron de *Becenval* formadas en el patio , los ministros que se dirigian á la sala del consejo , la nobleza del reino deseando inclinarse ante su soberano , y cuanto habia de mas ilustre en el clero , la magistratura y la milicia , llenando las galerías , ó deslizándose entre los arcos laberínticos de aquellos pórticos para no hacer falta á sus respectivos tribunales , ante-cámaras y salones. Bien pronto apareció el soberano ; y oyéronse los clarines , rompieron la marcha los tambores , los cien suizos , especie de gigantes armados , pre-

sentaron las armas , acudieron los gentiles-hombres , y los gritos de *viva el Rey* resonaron por todas partes.

Desapareció ese grandioso cuadro , y algo tranquilo mi ánimo con el esplendor de sus adornos , gradué de locura el temor que me inspiraron mis visiones nocturnas. ¡ Ah ! ¡ quien sabe si lo que juzgaba realidad no era mas que una ilusion !... ¡ Meditando en aquellos sucesos , despues que me ha revelado la esperiencia el arcano de mis presentimientos , conozco que debe tenerse alguna fe en el instinto que nos anuncia las calamidades de la vida , asi como la tiene el piloto en la aparicion de ciertas aves que mucho antes de que truene la tempestad van buscando con pusilánime vuelo alguna ribera hospitalaria !

Sobrado sencillo , no obstante , para sospechar en los hombres todo el veneno que abrigaban , tomaba á esos guerreros , cortesanos y suizos , á esos sonoros estruendos de clarines , armaduras y atambores por la verdadera monarquía , sin sospechar siquie-

ra que tales aparatos no eran ya, como otras veces , los homenages rendidos á un legítimo poder. Pero su mágico movimiento restituía á mi espíritu la confianza de mi gerarquía , á mi diestra la intrepidez de insignes antepasados , y á mis sienes el brillo de una corona ducal. Sacudiendo , pues , la influencia del genio que me atemorizaba , quise recorrer aquellos jardines , célebres aun por llevar en el orientalismo de sus galas el grandioso sello con que marcaba sus obras el rey que superaba en magnificencia y buen gusto á los *Pericles* de *Grecia* y á los *Césares* de *Roma*. Cuando me hube recreado en contemplar las cascadas del nuevo *Tivoli* , los cisnes cortando magestuosamente las aguas , las grutas ya sin bancos de césped ni amorosos misterios , los piramidales cipreses, los árboles de blanda corteza donde grabaron las gracias tantos nombres , las emblemáticas lisonjas y los dioses de la mitología sobrecargados de adornos alegóricos é ingeniosos atributos, acordéme de la cita que me diera el amante de *Maria Antonieta* y

corrí á la estatua de *Apolo* con el deseo de encontrarle. Elevábase este dios de la poesía y las artes sobre la cumbre de una roca entapizada de musgo, en la que, formando grupos, tenían tambien las musas un asiento. Briosó caballo de mármol arrancaba de la misma peña revuelta la ondosa crin, erguida la inspirada testa y llevando sobre las alas que adornaban sus ijares, los amables genios que hacen famosas las ciudades donde se elevan estatuas á los secuaces de *Homero* y á los discípulos de *Apeles*.

Después de contemplar esta composición artística, noté sobre un asiento que tenía cipreses recortados por respaldo, al amante de la reina vestido con aseo y regular atavío. Saludóme como á un amigo, echándose de ver en su sonrisa aquella especie de complacencia que manifiestan los maniáticos cuando se halaga el objeto favorito de su tema.

—Ya veis, le dije, que he sido puntual.

—No me sorprende, respondió: nunca llegué á presumir que un caballero de tal

esfera dejase de tener esa virtud. Por otra parte, sois aleman, amais á la reina y sabiais que solo de la reina y de Alemania os habia de hablar este infeliz.

Volvió la cabeza para observar si nos escuchaba alguno; y convencido de que estábamos solos, ató el hilo de su discurso en estos términos:

—Vais á saber mi secreto. Solo á vos que me tendisteis una mano en el peligro y me hablasteis como se habla á un hombre cuerdo, quiero confiar lo que tanto contribuye á las dulzuras de mi vida. La reina (al pronunciar su nombre revolió todavía sus miradas en todas direcciones) la reina no es una reina...

Retrocedí algunos pasos al eco de estas palabras, dichas con tal gravedad y convencimiento, que me olvidé de que estaba escuchando á un hombre falto de juicio. Esta accion involuntaria anmentó el interés con que me referia sus arcanos.

—Creeis, prosiguió, hallaros en el palacio de un gran monarca, y por lo mismo asi

que el tambor suena y dejan percibir los fusiles el sonoro ruido que produce la maniobra de presentarlos , echais mano al sombrero diciendo, saludemos á la reina de Francia. Os dirigís por aquella frondosa alameda creyendo llegar al alcázar que ocupaba madama de *Maintenon* cuando le dió á *Luis XIV* la manía de desnudarse la coraza para vestir un cilicio , y sin embargo todo ello no son mas que ilusiones , puras ilusiones : ni aquella es la reina , ni este *Versalles* , ni lo otro la corte de los franceses ; pero cuenta que á nadie lo confieis : sino es la reina , merece tal dictado ; y á lo menos para nosotros nunca dejará de serlo.

Escuchaba con la mayor estrañeza este inconcebible discurso , dejándose guiar del pobre maniático. Llegamos en esto al famoso recinto conocido con el nombre de *pabellon de la reina* , al cual suponian lleno de oro , de piedras preciosas y de cuanto puede halagar el deseo de sobresalir en esplendidez y riquezas. Abriéronnos la puerta , gracias al crédito y á los privilegios de mi conductor,

y busqué en vano aquel lujo oriental de que tanto oyerá hablar, apuel aposento cuajado de diamantes que anhelaban ver los estrangeros, aquellas pompas, en fin, que los enemigos de la reina iban pérfidamente anunciando al pueblo como fruto de su laboriosidad y fatigas. La casa era sencilla, casi humilde, la puerta que le servia de entrada y el jardin inglés que le rodeaba revolvíase en varias direcciones, dando idea de una selva interminable y frondosísima. Topábase con dos montañas, y un atrevido puente suspendido entre las rocas, conducia á una especie de peñon bastante elevado sobre el que se podia descansar en blando asiento de césped. Como la vista que se descubria era agradable y pintoresca, profesaba la reina singular aficion á este retiro. Dícese que permanecia horas enteras en aquel rústico sofá, solitaria, pensativa, atenta á los poéticos rumores que se elevaban en torno, como los ecos de la corneta que tocaban los monteros, y el canto de los pajarillos, celebrando la absoluta seguridad de aquellos aromáticos vergeles.

Allí absorta en sus abstracciones, y siguiendo con melancólica mirada á los plateados cisnes, que hendían las aguas del lago, encontráronla sus damas, cuando suelto el caballo y flotando por el aire los mantos de pieles que la servían de abrigo, corrieron en busca suya para anunciarla que el pueblo de París armado de picas, hoces, arcabuces y trabucos, asaltaba blasfemando las galerías del alcázar.

Al llegar á la cumbre de aquella roca, mi conductor rompió el silencio.

—Contemplad, dijo, la hermosa aldea que se descubre desde esta solitaria eminencia. No paseis por alto el frontispicio de la iglesia rematando en una cruz, la aguja del campanario, y el antiguo caseron donde se supone que habita el señor feudal del territorio. ¿Y qué me direis de aquellas vacas que andan pasciendo en la falda misma de la otra montaña, de aquel pastor que las halaga al suave son de la flauta, y de la linda zagala que corre con un jarro de cristal para recoger la leche? ¿No reconocéis en ello, sobre todo

si le añadís aquellas colinas coronadas de nieve, los valles entapizados de yerbas y tantas alquerías aseadas y pintorescas, no reconoceis, repito, aquella *Suiza* alemana buscada de las gentes de gusto y celebrada de los viajeros? A ver si de un golpe no os he trasladado á los mas risueños cantones de vuestra patria. Pues como no deis crédito aun á mis palabras, seguidme los pasos y saltando por la espalda de la misma roca llegaremos al lago, nos conducirá un barquichuelo á la opuesta ribera, y escucharemos alli hasta el mismo *Ranz de las vacas* que tan peregrino efecto produce en los valles de *Suiza*.

El espectáculo en efecto era magífico: nada mas agradablemente rústico que esta pulida aldea de la que el rey era el señor, la reina la lechera, un infante el guardabosque y el cura un arzobispo. El balido de los corrales, el murmullo de las fuentes, la nieve desatándose desde las cumbres y el blando susurro de los árboles, dábanle un aspecto tan puro é inocente, que se creia uno tras-

portado á las revueltas del Pirineo, ó á los eternos bosques de los Alpes. ¡Qué retiro para una reina de Francia! ¡Qué pasatiempo tan noble y virtuoso el que buscaba en esos lugares pacíficos! El sentimiento que la inspiró al idearlos, y que la movía frecuentemente á recorrerlos, no era menos admirable y digno de la atención de los hombres. El amor que profesaba á su patria moviérala á copiarla en sus jardines, pero con sensibilidad tan delicada y patética como la de aquel antiguo pintor que se complacía dibujando en su destierro, los amenos sitios del ingrato país, que en vez de gloriarse de su cuna, negaba un sepulcro á sus cenizas.

—¡Oh patria! exclamé enagenado: ¡yo te saludo en esta patriarcal aldea, en esta iglesia sencilla, en este plácido recinto puro como un idilio de Gesner!

Mi compañero participaba del mismo éxtasis: acariciaba á las vacas, llamaba por su propio nombre á los corderos, hacíame notar los sitios donde había visto á la reina, y con lágrimas en los ojos refería sus palabras,

sus agudezas y la mágia de sus más insignificantes acciones. La lechería á donde me llevó despues estaba llena de vasijas de todos colores , moldes de todos tamaños , mesas de olorosas maderas , y cuanto puede servir en una palabra para preparar la leche, el requeson y la manteca. Las paredes interiores brillaban con el mármol blanco , notábanse en las ventanas elegantes búcaros con nardos, azucenas y jazmines , y en el pavimento los caprichosos matices de un mosaíco. Es imposible pintar todo lo que alli veia mi conductor : por lo que á mí hace nada observé que tanto me interesase como la falacia y la ruindad de unos enemigos, que en vez de enternecerse con la inocencia que se respiraba en tal retiro , forjaban denigrantes anécdotas , cuentos absurdos , lúbricas aventuras al efecto de exasperar á un pueblo feroz , á quien quitaban por otro lado los medios de subsistencia. Pero mi pobre loco hacia tales extremos que nunca me lo pareciera tan de veras. Hacía aqui de villano cuando representaba el rey al señor del lu-

gar : allí habia sembrado los campos, apacentado rebaños ó merecido una benigna ojeada del ídolo de sus castos amores : mas allá asistiera á la misa del alba para correr en seguida á una cacería espléndida : no habia árbol que no le recordase un hecho , ni arbusto que no presentase á su imaginacion alguna grata memoria. ¡ Ah ! quién sabe si allí mismo habia perdido la razon y el despejado talento que le elevó desde muy temprano á la magistratura !

Despues de recorrer todos los ángulos sin dejar gruta , alameda ni fuente que no viésemos y registrásemos , despedime del pobre Castelnau, harto feliz á mi ver con su demencia de lealtad en unos tiempos en que era moda ser locos de rebeldia. Abrazóme suplicándome que no le olvidase , y ofreciendo llevarme frecuentemente á aquel mismo retiro á fin de que en vez de la *Francia* contemplase la *Alemania* , y en vez de una gran reina á una simple pastorcilla , á una donosa lechera.

CAPITULO XIII.

LAS MÁSCARAS.

Subí al coche, corrí á París y empecé á habitar solo la misma casa que dos dias antes ocupaba con la princesa de *Wolfen*. Vuelto á mi primera independencia empleaba el tiempo contemplando y aun tomando parte en la innumerable cadena de deleite, que entretiene de minuto en minuto al frívolo y bullicioso pueblo parisiense. Examinando con detencion los rasgos de su original fisonomía, advertíale mas activo que ocupado, mas curioso que instruido, mas anhelante de ver que de oír, de pronunciar un fallo que de sujetarlo á maduro exámen.

*

Llevábanme mis amigos de paseo en paseo, de fonda en fonda, de teatro en teatro, sin permitirme volver á casa en hora regular y deslumbrado ademas por nuevas frivolidades, pasatiempos y caricias. Preparábase en tanto un baile de máscaras, que debia hacer época, ya por ser el único de aquel carnaval, ya por concurrir á él las primeras dignidades del reino y las personas mas ilustres de la corte; y entonces un baile de máscaras no precisamente se miraba como un círculo de arriesgada diversion, sino como una imájen de la igualdad á que aspiraban los franceses. Como que no puede negarse que alli existia; mil bujías reflejan en cien arañas de cristal, brillan en los salones las flores, alfombras y colgaduras, rompe la orquesta, y cual si recordase aquel estruendo que todos los hombres son de una misma familia, arrójanse las gentes en medio de la sala, entrelazándose de mil maneras y formando elegantes grupos. Alli los grandes señores y los humildes artesanos: alli el hombre cargado de deudas junto al acreedor y el usurero: alli la corte-

sana impúdica entre una madre rígida y una tímida doncella. Confúndense en aquel círculo los remordimientos y los suspiros, la inocencia y la perfidia, el noble deseo de agradar y el ansia voluptuosa de seducir. ¡Bello desórden! Tanta prostitucion en los cuerpos, tanto enagenamiento en los sentidos, tantos vapores como difundiendo el incienso de la adulacion y los perfumes de la hermosura, cosa es que trastorna el juicio de un hombre sensato, y convierte en poeta al mas austero filósofo. Bórranse los títulos que distinguen en cualquiera otra parte á los concurrentes, desaparecen sus nombres, sus condecoraciones y hasta la existencia social bajo de una máscara engañosa. Ni rubor en el rostro, ni remordimiento en el pecho, ni freno en la lengua, ni decencia en el traje: no parece sino que las madres llevan á sus hijas á los templos de Citerea, ó por mejor decir, que acudan para sacrificarse tambien á la deidad que admitia tales ofrendas en los jardines de Pafos, y en los pórticos sonoros de Corinto.

Y nada tiene de raro que la libertad de modales, el rumor de aquel concurso, la diferencia de vestidos, el capricho de los adornos y un no sé qué de deslumbrante y fosfórico que resultaba de todo esto comunicase á mi espíritu el mas vivo deseo de entregarme á ilícitos placeres. Estaba loco, buscaba semi-frenético á quien hablar; pero lo mismo que me parecia una confusion, una torre de Babel, no era mas que una cita universal donde cada monstruo encontraba su pareja, donde la seduccion como por instinto se juntaba con la víctima, la prostitucion con la riqueza, el adulterio con la lujuria.

Redoblaban de repente los alaridos de aquellos centauros, camaleones, espíritus infernales y arlequines; y entonces, asi como en las cabernas del Tártaro cuando entra un demonio en figura mas horrible de las que suelen ostentar para desesperacion y espanto de los réprobos, agolpábanse las gentes, formaban vasta rueda aplaudiendo la mezcla de fealdad, estravagancia y lujo de los que entraban, y diciéndose al oído: *he*

aquí al duque de Orleans, he allí la reina.
 ¿Por dónde adivinaban á tales personajes?
 Lo ignoro: acaso era una mentira de mas
 echada en aquel turbion de mentiras, y la
 que saludamos como reina tenia lugar entre
 las disolutas del Palais-Royal ó entre las
 venales comparsas de la ópera.

Alzan de repente un nuevo grito.—*Por
 allí pasa el Sr. de Mirabeau!*... vuelvo-
 me sorprendido al eco de un nombre tan ter-
 rible, y veo á un caballero de innoble as-
 pecto, aire determinado y extraordinaria-
 mente gordo, haciéndose espacio entre la
 muchedumbre á manera de un hombre que
 ni la aprecia ni la teme. Aguijoneado del
 amor iba buscando á cierta jóven, á quien
 llamaba en voz alta, al paso que echaba
 requiebros á cuantas topaba en su tránsito y
 tendia la mano á los alabarderos, guardias
 de corps y lacayos de la casa real. Confieso
 que jamás hubiera supuesto tan grotesca figu-
 ra ni carácter tan vulgar en el elocuente tri-
 buno, cuyo solo nombre parecia elevarse
 entre dos generaciones para imprimir á la

segunda un carácter diametralmente contrario al que tuvo la primera.

Todavía estaba ocupado en examinarle, preguntándome á mí mismo en qué lugar de aquel cuerpo se encerraria un espíritu tan enérgico y emprendedor, cuando sentí que me tocaban por la espalda, y halléme con un jóven de singular reputacion en la tribuna, que merecia despues de *Mirabeau* la palma de la elocuencia, y á quien conociera en los teatros de aquella inmensa capital. Llamábase *Barnave*, é iba vestido con bastante delicadeza y gala. Juntaba á una amabilísima figura el don sumamente precioso de acomodarla á todos los estilos, á todos los lenguajes, bien que generalmente le suponian una rara facilidad para lo que tuviese analogía con la rijidez espartana ó la severidad de Arístides.

— ¿Qué es lo que tanto os mueve la atencion? preguntóme.

— Acaban de mostrarme al famoso conde de *Mirabeau* y deteníame en observar lo poco que corresponde su persona á su mérito.

Mirad si no cuan insolente es su ojeada, cuan innoble su andadura y cual se complace en mover jaranas con todo el mundo. No creo que lleguemos al fin de la fiesta sin que haya desenvainado la espada ó llevádose consigo la muger de algun honrado menestral. Confieso que no me representaba de esta suerte á un diputado, cuya audacia admiro, y cuya historia abunda en lances misteriosos de toda especie.

— ¡Cómo!... ¿El príncipe de *Wolfen*, replicó mi amigo, ama al conde de *Mirabeau*?

— Le amo; porque en medio de mil defectos tiene un corazon franco y sensible, cosa harto rara en las gentes de nuestra era: le amo porque ha conservado la elevacion de su espíritu despues de tantas desgracias, persecuciones é injurias: le amo, en fin, porque en atencion á su cuna y á la misma nobleza de sus ideas, espero que no querrá dejar á la ilustre monarquía de Francia abandonada á sí misma para que sea víctima de la codicia del populacho. Repito, no obs-

tante, que su grotesco personal ha rebajado la idea que concibiera de su hidalguía y de su mérito.

— ¿Quisierais, preguntóme sonriéndose *Barnave*, cenar esta misma noche en compañía del conde de *Mirabeau*, de algunas damas algo francas en sus modales, y de varios señores de los que hacen papel en la asamblea y en la corte?

— No lo rehusó, respondí, aunque temo para deciros verdad que la reunión no sea bastante escogida para atraer á su seno á los personajes que indicais.

— ¿Por haberos dicho que las señoras de la concurrencia tengan mas de cortesanas que de recoletas?

— No solo por eso, sino porque donde disertan los partidarios de *Mirabeau* harían mal de concurrir los gentiles-hombres de Versalles.

— Poco conocéis la Francia y mucho menos al siglo en que vivimos. Esa causa de la patria, á que se da al parecer una importancia tan sublime, trátanla los atletas de am-

bos partidos como pudieran dos abogados las pretensiones de un cliente. Unos quieren enriquecerse con el salario, otros adquirir renombre en el foro sin reparar en el populocho que sordamente brama, y al que conceden una indiscreta soltura.

—Muy bien dicho cuando no fuerais vos...

—¡Ah! no acabeis: si supierais los azares de mi juventud y el grave peso que oprime mi corazon, no estrañariais que corriese á buscar en la tribuna un medio de darme á conocer para aterrar la corte, llamar su desdeñosa atencion, y acaso ponerme al nivel de quien despreciará eternamente los suspiros y humillaciones de *Barnave*.

Detúvose al pronunciar estas palabras, y fijos los ojos en el suelo parecia una estatua de piedra en medio de aquel gran movimiento de las máscaras. Insensible á tanto estruendo, el mismo que un momento antes contribuia con sus locuras á aumentarle, manifestábase como indiferente á su recreo, y entregado á cierta abstracion mental, no sé si nacida del arriesgado papel que desempeña-

ba en la asamblea, ó de la misteriosa causa que le impelia á la tribuna. De repente volvió en sí y asegurándose que en la cena á que me invitaba hallaria entre otros personajes al marques de *Fenelon*, al duque de *Fitz-James*, al principe de *Blondel*, ademas de *La Harpe*, *La Clos*, *Chenier* y otros literatos, indicóme que le aguardara al acabarse el baile debajo del palco de la reina.

—No le venido, añadió, para hablaros ni para divertirme; buscad, pues, alguna conquista, fácil entre tanta ninfa como os rodea, olvidad siquiera un instante el flemático carácter de la discrecion alemana, y no hagais falta cuando toquen el último minué en el ángulo de nuestra cita.

Y desapareció al decir esto. Seguile con la vista y noté que en medio de tanta gente desconocida, él solo parecia conocer y ser conocido, él solo inagotable en agudezas, requiebros y sarcasmos como si fuese el alma de aquel concurso, y todos rindiesen homenaje por temor ó por devocion al ídolo

popular , en cuya fisonomía traslucian algun rasgo de los frenéticos republicanos, que habían de destruir en breve la primera monarquía de Europa.

Así que se desvaneció el deslumbramiento de la impresion primera , reicidí en mi humor naturalmente melancólico. Aquellos amores del momento me hallaban frio, aquellos chistes arrastrados por los cabellos poco risueño , aquellas danzas lujuriosas sobrado recogido ó timorato. Lleno de disgusto por cuanto veia y me rodeaba , fuime al ángulo de la cita y me senté bajo el mismo palco de la reina , donde se verificara en otros tiempos una revolucion favorable á las artes. En él presentó *María Antonieta*, adornada aun con la modesta guirnalda de Delfina , el caballero Gluk á un pueblo que todavía admiraba en las sencillas combinaciones de *Lulli* toda la magia y el embeleso del arte musical. Desde entonces el verdadero genio de la armonía recibió los homenajes de la nacion mas fervorosa de la tierra : desde entonces se descubrió un nuevo horizonte pa-

ra las combinaciones de *Anfion* y *Tirteo*; y ¿qué restaba á *Maria Antonieta* de aquellos dias de triunfo y de universal sufragio?... un grato recuerdo, y el convencimiento de haberse captado el amor del mismo gentío que se mostraba con ella insolente y alévoso.

A
cier
con
dos
aque
casa
sar
dión
joso
de la
una
de m
ñas,

CAPITULO XIV.

MIRABEAU.

Al fin fue cesando el bullicio, desaparecieron las gentes y vino mi compañero para conducirme al festin donde debia ver reunidos los primeros cortesanos é ingenios de aquella época. Llevóme en su carruaje á una casa de suntuosa apariencia: subimos, y á pesar de salir de baile tan magnífico, sorprendióme la iluminacion de los salones, el lujoso arreo de los concurrentes y la riqueza de las alhajas y los muebles. En medio de una especie de pórtico rodeado de galerías de mármol donde eran sin número las arañas, los candelabros, las pérsicas alfombras

y las recamadas colgadas, había una mesa de gran capacidad sobre la que se advertían candelabros de oro é ingeniosos ramilletes. Las señoras convidadas pertenecían á la esfera de las mas cultas por su compostura, su aliño, la pureza del lenguaje, la suavidad del acento y el donaire de los modales. Parecíanme, sin embargo, sobrado risueñas y frívolas, dispuestas á escuchar todo género de galanterías, y á corresponder con otras, si bien urbanas y agudas, no menos licenciosas y festivas. El levísimo cendal que cubría sus pechos, el flotante traje cayendo en sutiles pliegues desde la gentil cintura, y las deliciosas esencias que despedían sus labios y pechos indicaban los placeres de un amor poco escrupuloso tan propio para cautivar los sentidos como incapaz de producir una impresion algo mas que momentánea. Sorprendióme el esfuerzo de reanir en sí mismas la delicadeza de las maneras y la corrupcion de las costumbres, el tímido acento de la inocencia, y la languidez estudiada de la prostitucion, las artes de la edad adulta, y el rubor

de la gracia casi infantil. Presentóme Barnave á ellas como un caballero de ilustre familia, por cuanto en el primer periodo de la revolucion aun era necesario este requisito para ser admitido con distincion y decoro.

Asi que nos sentamos á la mesa llamó toda mi atencion un hombre de formas hercúleas, de espresivo y enérgico semblante, á quien todos manifestaban cierto respeto y deferencia. Sus negros ojos perspicaces como los del lince, vivos y penetrantes como los del águila, podian comunicar súbito incendio á un corazon de yelo, y el aguijon de un estímulo glorioso al hombre egoista y flemático. Realzaba el color algo moreno de su rostro, la agudeza de su sonrisa á veces bastante amable para recompensar á un héroe, á veces bastante sardónica para desesperar á un pacífico ermitaño. Asperas y revueltas melenas caíanle sobre los hombros, agitándose con singular movimiento, dóciles por demás á los que tan frecuentemente hacia aquella animada testa. Y al traves de esa mirada, de esas facciones y de esa sonrisa, al

través de esa combinacion de rasgos no menos admirables por su varonil contestura que por la especie de fuerza magnética que animaba la simétrica proporcion de su conjunto, rastreábase algo del buen tono de los tiempos pasados, de la elocuente dignidad de los presentes, y del sanguinario fanatismo de los venideros. Elevábase aquel hombre en las revueltas de 1789 como el genio de estas tres épocas, aunque no se podia discernir si las virtudes de sus abuelos triunfarian en su pecho de la pérfida condicion que iban manifestando sus contemporáneos. No obstante de ser el ídolo de la concurrencia, ninguna consideracion le merecian en aquel momento los obsequios de los príncipes y el voto unánime de tantos caballeros. Cierta jóven de agraciado y pudoroso semblante, muy envidiada de las damas allí presentes, tenia como suspensas las facultades de aquel atleta.

Cosa era estremadamente singular para un hijo de mi patria el ver con qué facilidad y donosura sosteníase la conversacion entre

los convidados. Cuando era amorosa pecaba en libertina, cuando filosófica en incrédula, cuando política en revolucionaria. Un torrente de palabras sin freno ni buena lógica, muchas veces sin verdadero blanco, pero nunca destituidas de calor, de gracia, originalidad y chistes componían el diálogo de unas gentes, cuya flexible índole se prestaba á todos los tonos, pasatiempos y pasiones. De consiguiente su hablar era lijero, fosfórico y veloz, errando en todas direcciones como la llama incierta de un metéoro, y recorriendo mil dictámenes y proyectos sin guardar reverencia ni templanza, antes jactándose de ridiculizar los objetos mas graves y sublimes. ¡ Deplorable reunion! sobrado conozco ahora de donde le venia aquel flujo de palabras, aquel impulso soberanamente charlatan. Las sociedades, lo propio que los individuos, alcanzan un presentimiento de su cercano fin, y entonces carecen de tiempo para comunicarse sus dudas y creencias, sus fortunas y reveses, sus inquietudes y esperanzas. ¿ Y hubo en el mundo hombres que tu-

*

viesen que repetirse mas miserias , locuras y tentativas que los de 1789?

Confieso que no sin gran dificultad pude acostumbrarme á aquel diálogo insustancial, fecundo en palabras cultas y en frasecitas recortadas cuanto estéril en ideas y racionios. La misma cena participaba de esta frivolidad. Las salsas eran insípidas , sin saber á cosa determinada , aunque de repente parecían saber á todo , comidas azucaradas propias para cascos lijeros , para gentes , digo , sin formalidad ni caletre. La loza estaba pintada de mil colores , la cristalería cortada por estraños dibujos , y notábanse en los manteles figuras de opuestas condiciones y caprichos. Todo esto me hacia acordar de aquellas cenas de mi patria donde se comia mas , se hablaba menos , y por consiguiente se saciaba el apetito sin fatigar la imaginacion , ni disparatarse tanto. Por lo que hace á las damas mezclábanse en todos los asuntos , daban su parecer en las cuestiones mas intrincadas , y manifestaban ser dignas descendientes de aquella célebre Ninon que ha-

bia formado las costumbres y el lenguaje de su siglo. Preguntaban á derecho y á sinietro, respondíanse á sí mismas, y es imposible decir las anécdotas, las gracias y los donaires, que á manera de plácidas saetillas volaban de sus labios. Y aquella lengua francesa que tan culta, mesurada y florida se ostentaba en la tertulia de María Antonieta sonaba ahora en mis oídos como una chispa eléctrica, deslizándose quizá con suave movimiento, ocultándose maliciosamente en una sonrisa como la sierpe entre las flores para salir de golpe, y fascinar con una gracia, ó ridiculizar con un rasgo irónico.

— Los alemanes, señor conde, decíame una de ellas, empiezan á echarla de filósofos, y temo que esta pasión les haga mas flemáticos y autómatas de lo que generalmente nos parecen.

— Pero los filósofos de Alemania, respondió el conde de San German sin dejar que me defendiera, no se asemejan á los nuestros.

— ¿Y en qué se diferencian? preguntó la

dama con picaresca sonrisa, ¿llevan el pelucon mas abultado? ¿O los polvos con que los inciensan tienen el aroma muerto como las flores del Rhin?

— En la organizacion, respondió el conde. Un aleman habla de las cosas graves sin sonreirse, y un francés no se las pone en la boca sino para insultarlas.

— Pues ¡qué! replicó Barnave ¿graduarais de insulto aquella duda racional que es la base de la ciencia?

— No la duda, replicó el conde, sino el amor propio y la audacia que se ocultan en ella.

— En efecto, exclamó el príncipe de Blon-del, cuando la filosofía duda, no es para hacer á los hombres mas felices, sino para jactarse de un instinto superior al de su especie.

— Y añadid, observó el conde, para desquiciar los fundamentos del órden sin otro objeto que el de sustituir un manto de púrpura á la lana en que se envuelven los estoicos.

— Buena reflexion, repuso una señora del

mejor tono ; bonísima , si no hubiese sectas filosóficas que se coronan de flores y se adornan de armiños.

— Las hubo , reina mia , observó el príncipe ; pero no en las academias de París sino en los pórticos de Alejandria y Atenas.

— Pues ¡ qué ! insistió con agudeza la dama : ¿ borraríais á Mirabeau de la escuela de Aristipo ? Miradle echando flores á la señorita de Hortembal , y decid si le echaríais á los hombros la capa de los espartanos en vez de coronar sus sienes con claveles y jazmines.

Al oir mentar á Mirabeau estremeciéronse mis miembros , y llevado maquinalmente de las miradas del concurso fijé las mias en el personaje de grandes y notables proporciones que estaba en frente de mí ocupado en requebrar á su amable compañera. Aquel nombre célebre me reveló de golpe todas las cualidades del misterioso individuo que embargaba mis potencias : á nadie convenia sino á un hombre que parecia reunir los rasgos característicos de tres épocas diferentes. Per-

dí de vista á los demas convidados , dejé de oír las infinitas sales y agudezas que se cruzaban entre tantos ingenios ; y todo me pareció frio y comun en cotejo de lo que obraba y decia aquel tribuno.

—En efecto (esclamó con voz robusta y clara que acomodaba al temple de cualquier diálogo, aunque parecia únicamente propia para escitar las pasiones de un gran concurso) á pesar de mis pretensiones á la ciencia no puedo lisonjearme de pertenecer á otra escuela que á la que nos brinda el halago de las ninfas y el néctar de los dioses. Aun á veces, desde lo alto de esa tribuna donde se dictan los destinos de Francia, y que no miran sino con asombro los monarcas de la tierra , maldigo de la suerte que me sostiene en su cumbre, y de mí mismo , que llevado de una futil vanagloria robo á los amigos y al amor los últimos momentos de mi vida. Estoy por decir que era mas feliz en las torres de Vincennes , cuando la delacion y la envidia teníanme encarcelado en sus muros. Lejos entences de mis amigos , de mis que-

ridas, y hasta de mi hermana Isabel... ah! ¡qué muger, qué hurí del paraíso mahometano igualará en belleza á mi hermosísima hermana!... Solo tú pudieras rivalizar con ella, Emilia de Hortenval. No parece sino que le robastes la suavidad de la tez, la gracia del decir, la modestia del mirar, ese elegante talle, y esas formas dignas de la diosa de las selvas. Pero no creais que alimentase en mi pecho una pasión criminal... Sofía dominaba mi corazón, Sofía ya célebre en toda Francia ocupaba mis ocios, vigiliass y deleites: para ella escribía aquellas cartas tan llenas de amorosa pasión, cartas que impresas y reimpresas pasaban inmediatamente á vuestras manos, y os complacíais, señoras mías, en leerlas y aplaudir sin freno el desenvuelto amor que las dictára... ¡Oh! decidme ahora si tengo mas derecho á la desaliñada capa de Zenon ó al tirso de Anacreonte.

—Sin embargo, replicó tímidamente la señorita de Hortenval, el trágico fin de cuantas habeis amado, y de esa misma Sofía que idolatraba en vos, debiera inclinaros á me-

ditar sobre los estravíos de una juventud no menos famosa por el ingenio, que por los desórdenes.

—Y si tal hiciera, repitió el conde con maliciosa sonrisa, ¿hubiera accedido á tu deseo de robarte para traerte á nuestro festin?

Esta salida tan propia de la audacia de Mirabeau hubo de desconcertar á la pobre jóven, haciéndole salir al rostro los colores de la vergüenza. Arrepintióse su amante, porque tenia tanto desenfreno como generosidad, y trató de desviar la atencion de la concurrencia á fin de darla lugar de serenarse.

—Por lo demás, continuó, los que me culpan de empedernido é inconsecuente, no tienen la misma razon que los que me tachen de desordenado y epicúreo. Mi padre empezó por perseguirme, y acabó por desheredarme: abandonóme mi esposa; y en medio de tanta desolacion no tuve otro recurso que transformarme en libertino. Lo mas original de todo es que quisieron los libreros que trasladase este mismo libertinaje á los libros, y que hiciese de Cátulo y de Tibulo dos hom-

bres á mi manera, tan enagenados en las crápulas de Roma como yo en los banquetes y lupanares de París. ¡ Ah ! si entonces me hubieses conocido, Emilia, sufrieras tambien las injurias que se me dirigian , el peso de mis cadenas , y las sátiras que contra mí se desataban. Todo lo sufrieras , angel mio , y moviérate á la mayor compasion el ver á un alma indómita cual la mia arrastrándose por el cieno, prefiriendo casi la esclavitud á la libertad, y el calabozo de Vincennes al palacio de mis padres. Y entonces, Emilia, hubiérate sucedido lo propio que á Sofía... caer al peso de tantas desdichas, y espirar entre mis brazos, atrayendo sobre mi cabeza un destino mas benéfico con tu bendicion postrera y tu última plegaria.

Detúvose algo conmovido ; pero desvaneciéndose aquella muestra de enternecimiento alzó orgulloso la cabeza , y enhebró de este modo el hilo de su discurso.

— Bien saben , sin embargo , los que me escuchan que me he vengado de los que ultrajaban mi opinion. Yo canté el primer gri-

to de independencia que nos ha traído al glorioso término en que nos vemos: yo revelé á Francia el histórico oríjen de sus prerogativas y el valor de sus ascendientes. Desapareció desde entonces cuanto hubiera en mí de lisongeador ó rastrero, dominé mi época como Voltaire la suya; y una vez entrado en mi elemento sosténgome en él sin otros recursos que los de mi elocuencia y energía. Pero no es decir que haya cambiado de costumbres ni de placeres: el amor, los banquetes y las agitaciones del juego forman el deleite de mi vida: solo Francia ha cambiado entregándose á mi propia inspiracion con el mismo ardor que se arrojaba á mis brazos aquella desgraciada Sofía, verdadera imájen, entonces, del decaimiento de mi patria. Hé aqui como á pesar de la rapidez de los sucesos y lo crítico de las circunstancias, siempre son de flores las coronas que adornan mi frente y mantos de púrpura impregnados de esencias los que pendien de mis hombros.

—Pero algun dia (interrumpió un hom-

bre de aspecto feroz y sombrío) tendrás que desceñirte esa misma púrpura para vestir con mas decoro la toga del senador.

—No lo creas, replicó el conde: si la monarquía puede echarme en cara su derrota, nunca la patria me verá tan insensato que pretenda sumergirla en el libertinaje civil de una república.

—Y ¿eres tan poco cauto, repuso el mismo, que no la sientas bramar en el eco de tus propios acentos, agitarse al brillo de tu oratoria y encenderse bajo tus mismos pies?

—¡Qué pronuncias! gritó el tribuno dando una puñada, y mirando de través al jacobino: ¡qué pronuncias, miserable instrumento de miserabilísima facción! Corre al club de tus secuaces, á esas cavernas donde se hacen juramentos mas terribles que los de Catilina, y anúnciales que en Francia hay un traidor y deja escapar mi nombre de tus labios para que merezca la honra de ser inscrito en el libro de sus proscripciones. Desdeño á los que alli se reunen como des-

precia el águila á los cuervos y á los buitres ; y mientras yo ocupe la tribuna, y brille en este mísero reino un resto de la antigua hidalguía, se revolcarán en el inmundo cieno de sus vicios , y serán desterrados de donde existan los verdaderos elementos del órden social , la nobleza , la cultura y el saber.

En tanto que daba rienda á esta reprehension asperísima, temí que el personaje membrudo y cejijunto á quien se dirigia , se levantase del asiento para arremeter con él y empeñarle allí mismo en una lucha mortal. No salió cierta mi presuncion : el republicano desahogó su despecho en una sonrisa en que se pudo traslucir , aunque rápidamente, el frio deseo de la venganza y el artificio del disimulo. Las pobladas cejas que sombreaban sus ojos dieron á su montaraz fisonomía una espresion desalmada y agreste , miró un momento á su contrario con aire de menosprecio ; y suavizando cuanto pudo el metal destemplado y bronco de su voz , contestóle con violenta calma en estos términos.

—Reinas en la tribuna, porque el pueblo no reina en Francia, y porque la mal llamada asamblea nacional no es mas que una reunion académica persuadida de que con bellos discursos y pulidas máximas de escuela podrá conseguir el triunfo. ¡Necios! en tanto que exista esa Bastilla y ejerza María Antonieta su ilimitado influjo, no creais haber arrebatado el poder á los que tan orgullosos se muestran en los muros de Versalles.

—Muy al contrario, replicó el conde, es nuestro deseo que lo conserven para prosperidad y decoro de la patria.

—¡Nuestro deseo! replicó enarcando las cejas el incógnito: el tuyo dirás, y el de los espíritus débiles que no tienen á mengua el suspirar puerilmente por esa despótica austriaca. Pero no te engrías, conde de Mirabeau; hay hombres cuyos ojos de lince penetrando en tu corazon adivinan el becerro de oro por quien palpita.

—Basta, exclamó el conde con voz de trueno: veo que se eleva otro poder contra

el mio ; pero menos generoso y mas artero. No crean con todo alzarse á mi nivel espian- do mis afectos ; pues los hombres de valor no se ruborizan de amar lo que es digno de ser querido y prescinden para ello de los va- nos respetos de una artificiosa política.

Esto dijo con voz tan balbuciente y de- mudada , con ojos tan inciertos y coléricos, que bien daban á conocer el despecho mez- clado de terror con que miraba su secreto en poder de aquel hombre cínico é inmoral. Pero júzguese cuál seria mi sorpresa al ver que tan odioso personage fijaba frecuente- mente los ojos en mi rostro , á par que pro- seguia discutiendo con el conde en medio del silencio que guardaba la concurrencia.

—A pesar de todo , continuaba el jacobi- no , aun le queda al señor de Mirabeau un recurso para disipar las nubecillas que ofus- can la limpieza de su opinion y el lus- tre que le honra como orador y hombre público.

—El conde de Mirabeau , respondió este, los conserva sobrado tersos para tener que

apelar á ningun espediente de los que indicas.

—¿ Sobrado tersos? ¡ Donosa majaderia! Pregunta á ese príncipe aleman cuál sea el olor que dejas en la corte, y pregúntame á mí mismo si te es propicio el que alcanzas en el pueblo.

—Por lo que hace á lo último me rio de tí y de cuantos se reunen en vuestras tenebrosas cavernas; y con respecto á lo primero...

Detúvose como temeroso de revelar un arcano.

—Y con respecto á lo primero, repitió maliciosamente el otro...

—Ya sabe el rey, continuó el conde, que el coloso de la revolucion debe apoyar un pie en la tribuna y otro en la corte, si es que hemos de llevar á salvamento esta hermosa monarquía.

—Otros fueron, repuso el jacobino, los presagios con que atemorizaron hace pocos dias á María Antonieta. Atiende tribuno ilustre. La noche era tenebrosa: cruzábanse

los rayos por el aire, bramaban prolongados truenos, y su eco lúgubre repitiéndose por las galerías de Versalles asustaba á la afeminada turba de aduladores que rodea á los príncipes. Alzase en medio del círculo un hombre misterioso y osado, ya célebre por sus predicciones y el artificio con que embauca á mugeres y á niños. La reina, las damas, los magnates entre ellos ese caballero aleman que está presente, se agolpan en torno y le consultan acerca de su propia suerte y de la suerte de su patria. Suelta la voz el incógnito y cada palabra suya traspasa, hiere como un puñal, y lleva la consternacion y el espanto á las damas, á los caballeros, á la reina misma. Sobre todo, al pronunciar tu nombre píntase el terror en su orgulloso semblante, y arrójase sin aliento sobre un sofá no dudando ya de los vaticinios del agorero.

—Y este hombre, exclamó el conde, rechinando los dientes, este mago, este embaidor, pícaro y grosero no era otro que tú mismo, pérfido Danton...

—No, respondió Danton, interrumpiéndole, con cierta risita en la que se veía la secreta complacencia de haber metido el puñal hasta la cruz en las entrañas del conde: no era yo, sosiégate noble diputado...

—¿Pues quién? continuó preguntando á gritos.

—Uno que vale mas que yo y mas que tú mismo, supuesto que en este siglo de incredulidad ha sabido acreditarse de hechicero en toda Europa. Era Cagliostro.

—¡Cómo! exclamaron todos á la vez; pues ¿no está preso en el castillo de Sant-Angelo?

—Ya; pero esas gentes que el conde de Mirabeau desprecia, supieron romper sus grillos para traerle oportunamente á Versailles.

—¡Infames! dijo el conde con voz medio sufocada por la cólera: ¡Infames!... Y apoyando su cabeza entre las dos manos, púsose como á meditar sobre aquella ocurrencia. Hubo en el concurso un movimiento de sorpresa, y en seguida otro de enojo contra

el audaz jacobino. ¿Quién le ha traído aquí, preguntábanse unos á otros? ¿quién le ha traído entre las gentes mas ilustres de Francia por su saber y su cuna? Porque eran tan odiados entonces los jacobinos que les miraban como la hez del pueblo y lo mas inmundado de una sociedad corrompida, Entretanto desapareció el descarado orleanista y volvieron á reinar la alegría y el decoro en la reunion. Reparamos, no obstante, que su ausencia aumentaba el vengativo despecho del conde; pero viéndole despues mas festivo y despejado que nunca, olvidámonos de aquella escena, volviendo con facilidad increíble á los amenos chistes, picantes réplicas y sabrosos donaires.

CAPITULO XV.

CONTINUACION DEL PRECEDENTE.

Imposible fuera dar con pincel á los sucesos de tan agitada noche la energía y el vario colorido que tuvieron. Hallándonos además en una época sosegada en comparacion de aquella, no podemos comprender el movimiento rápido de la sociedad, ni la elevacion gigantesca de cuantos alcanzaban nombradía y predominio. ¿Qué rasgo algo varonil nos queda de aquel conde de Mirabeau, que conmovia en la tribuna, que atemorizaba en la córte, que llamaba en cualquier

parte la atencion del mundo entero? Restan discursos impresos en los cuales no hallamos el fuego de su espíritu, el eco predominante de su voz, el significativo gesto, ni aquellas venas abultadas que le cruzaban la frente y se hinchaban en sus eléctricos raptos, dando á su áspera fisonomía el carácter de un hombre inspirado, nacido para crear una revolucion y dirigirla á su talante. Desapareció ese linage de héroes como desaparece todo lo grande y maravilloso. No se ven ya personas dotadas de su generosa osadía, en quienes anden como á competencia la proporcion hercúlea del cuerpo con la sagacidad del espíritu; y cuando despues de veinte siglos se encuentren sus huesos enterrados bajo las ruinas de una gran ciudad ó en las inmundicias de algun acueducto, tomaránlos nuestros últimos nietos por los petrificados restos de un gigante. ¡Lástima que viviese solo para sus vicios y una gloria que no ha sido útil á las naciones!... Abrió la barrera de bronce que cerraba la antigua monarquía para dar paso á una revolucion

sangrienta : indicó la ruta del sofisma y dió el ejemplo de aquel language lleno de valentía y dignidad que bajo el velo del bien público , usurpa lenta y pausadamente las atribuciones de la ley, y convierte á las repúblicas en un volcan que las conduce á su exterminio. Amable y satírico , descontentadizo y apasionado, hallábase en él al mas jovial de los literatos , al mas arrogante de los caballeros , al mas plebeyo de los hidalgos y al mas grande de los oradores. Si la conversacion era grave, ostentábase sublime ; transformábase , si festiva , en charlatan ; y enternecía , tal vez , al oír algun melancólico suceso , y disfrutábalo todo con el ánsia , la irritabilidad y el capricho de un muchacho. Las mugeres se disputaban sus amores ; los hombres codiciaban su amistad ; no habia en Francia quien no pronunciase su nombre con respeto ; y muchos le honraban hasta suponerle el único capaz de guiar por buen camino aquel descaminado pueblo. Militares y cortesanos , abates y libertinos , ignorantes y filósofos , se inclinaban ante su genio y ha-

llaban en él un monarca á quien obedecer, desde que derribaba la revolucion al hombre mas honrado de Francia y al rey mas bondadoso de la tierra. Asi es que mientras vivió conservóse un simulacro de la antigua monarquía. Hubo un tiempo en que era el pontífice de Roma quien empuñaba el cetro de Francia; cedióla á los reyes de Borbon: la elocuencia lo arrebató á los reyes; el pueblo lo arrebató á la elocuencia, y envilecido ya el primer estado de Europa, cayó por último sin religion y sin leyes en un vergonzoso precipicio. Hé aqui como Leon X precedió á Luis XIV, Luis XV á Mirabeau y Mirabeau á Bonaparte, en el cual se estrellaron las revoluciones, por cuanto hubieron de convencerse los hombres de que ni la estension de los límites, ni el esplendor de las victorias dan la pura felicidad que reserva el Altísimo á una justicia constante y á una libertad bienhechora.

Pocos dias antes habia contemplado la verdadera cultura en el círculo de María Antonieta, y contemplaba ahora el descabella-

miento de las pasiones en el teatro de la revolucion. La violenta disputa entre Danton y Mirabeau indicóme el nuevo poder que se elevaba á escondidas para baldon eterno de Francia, é hízome temblar con la idea de que si Mirabeau espirase los mas feroces jacobinos le iban á reemplazar en la tribuna. Aquella ojeriza, ademas, tan clara y osadamente manifestada contra María Antonieta, aquella ojeriza que encerraba, al parecer, profundos arcanos suponiendo una cadena de resentimientos, cuyos eslabones pasaban por todas las esferas y envolvian á todos los personajes, anunciaba desde lejos un trastorno universal, de cuyas resultas desapareciese cuanto encerraban los anchos términos de Francia, de ilustre por el brillo de la cuna, de sublime por la fuerza de la imaginacion y el saber. Desde entonces formé el proyecto de penetrar en las bóvedas de los jacobinos, y convertido en campeón de la reina, perderme en sus revueltas y espiar á costa de mi vida los peligros de esta gran señora. Solo asi mereceria el aprecio

de los varones ilustres, el reconocimiento de la princesa de Wolfen , y la ternura de Elena : solo asi podia facilitar á Mirabeau los medios de ser útil á la causa real, si ya no eran vanas las protestas que acababa de hacer por el sosten y la prosperidad de la patria.

Entretanto habíase concluido la cena y repartíanse los concurrentes por las demas piezas del edificio. Sentáronse al rededor de otras mesas cuya figura ovalada y cuyos tapetes verdes indicaban desde luego el destino que tenian. No puede decirse que Mirabeau fuese muy apasionado al juego ; pero una vez metido en él , y espoleado por el secreto aguijon de la curiosidad , el amor propio y la incertidumbre , entregábase á este pasatiempo con la misma fogosidad que al amor , á la cólera y á las demas pasiones de su alma. Yo le ví en un ángulo de aquella mesa sufriendo con sereno rostro los mas desesperados golpes de la suerte. Deslizábase el oro entre sus dedos con una rapidez espantosa : la fortuna regular de un hombre,

la suya misma estaba sometida al volver de un naípe, al mas despreciable vaiven; y á pesar de que muy pocas vueltas favorecian su arrojo, su aspecto no se inmutaba, su calma no se desmentia, y cualquiera hubiese creido que jugaba los tesoros de otro individuo. Por lo general en todos se notaba la misma sangre fria, cual si saciadas aquellas gentes de las mas violentas impresiones del placer, buscasen una agitacion de nueva especie que pusiese en movimiento su corazon y sus nervios. Y la gala de tales jugadores era arrostrarlo todo; y despues de haber perdido tesoros, alhajas, muebles y caballos, sonreirse y chancearse sobre su desgracia, á imitacion de aquellos genios burlo-nes, que colocaba la ingeniosa antigüedad sobre las ruinas.

A todo esto, Mirabeau continuaba perdiendo. Colocóse á su lado la bella Emilia; y vuelto de repente á su festivo humor refirió mil graciosas anécdotas y agudos lances, y empezaron nuevamente los animados diálogos, las plácidas sonrisas, y de cuando en

cuando las ruidosas carcajadas. Seguía perdiendo, y seguía se chanceando. A veces sacaba un lápiz del bolsillo y apuntaba en un pedazo de papel los trozos mas elocuentes de su próximo discurso, y los objetos que se proponia ridiculizar en su diario. De esta manera se presentaba á mis ojos: libertino, orador y publicista, amontonando el oro sin orden ni simetría cuando ganaba, tirándolo con cierto desden cuando perdía, y buscando aquel oculto latido de los jugadores que les hace morder los labios y comerse las uñas á medida que ven desaparecer de su monton las últimas medallas. Porque esta pérdida es precisamente lo que buscan los verdaderos apasionados del juego; como que si no estuviesen seguros de perder y no conservaran una idea de su próxima ó remota ruina, no habria jugadores sino petardistas, ni caballero ó capitalista que buscase en los dados y en los naipes un recreo favorito, sino holgazanes y fulleros que anduviesen tras ellos como un ramo de mezquina industria.

Cuando el azar era propicio á las jugadas del conde todos le pedian dinero , y dábalo él con la mejor voluntad; pero como desapareciese su caudal lanzábase indistintamente á los de todos sin acordarse del hombre á quien prestaba , ni del hombre de quien recibia. ¡ Ah ! al través de tanto desenfreno, prodigalidad y codicia , parecíame no menos singular en el juego que en la tribuna , en la conversacion que en sus obras, en su disipacion que en sus amores. Lo singular era que nos hallábamos en un siglo en que los filósofos solo hablaban de moral y declamaban furiosamente contra la pasion del juego , presentando á un jugador en la escena , queriendo dar de puñaladas á su propio hijo, mientras todos pasaban su vida entre el juego , la literatura y las muchachas. Pero en Inglaterra y en Francia la Europa ha sido gobernada por jugadores, esto es , por gentes que buscan el peligro donde quiera que se encuentre , y en sus mas insignificantes pasatiempos los cálculos de la diplomacia y la agitacion de las

batallas. Desnivelábanse las fortunas, pasaban de uno á otro ángulo las cantidades, y los jóvenes inespertos no podían disimular una turbación que se vislumbraba en sus palpitaciones, mientras duraban aquellos instantes de profunda quietud, hija de la esperanza y del temor. Decidíase el golpe y elevábanse mil voces, y pronunciábanse mil quejas, y dábanse y contradecíanse estrañas esplicaciones, hasta que volvía á reinar por algunos momentos el mismo sosiego, la misma incertidumbre anterior. Con respecto á Mirabeau parecia siempre el dios de aquella algazara ó de aquel silencio, no menos pronto á jugar que á enfervorizarse y contradecir, olvidándose de que despues de tan vivos deleites debia subir á la tribuna para sostener su reputacion ante ilustrado concurso en lugar de tenderse en blando lecho.

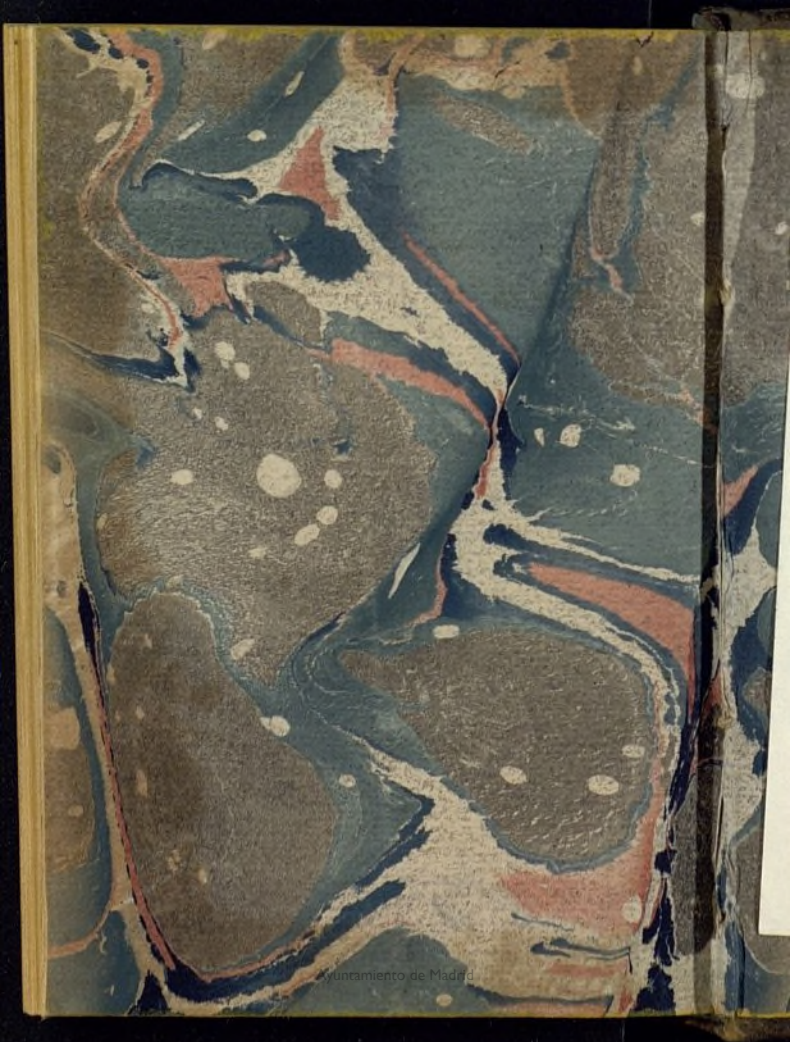
FIN DEL TOMO PRIMERO.

Fe de erratas.

<u>Pág.</u>	<u>Lín.</u>	<u>Dice.</u>	<u>Léase.</u>
28	1	y basta aun y sobra	y basta y aun sobra
29	2	¡ Válganme los san- tos Paraíso !	¡ Válganme los san- tos del Paraíso !
52	1	Llego	Llegó
Id.	12	descubria-	descubríase
57	9	tanto y tan	tanto y tanto
62	6, 7	á á	á
64	16	Anioneta	Antonieta
71	21	Vandrevil	Vaudrevil.
76	5	el ovalado, gabinete	el ovalado gabinete,
78	14	modelos	modales
79	21	destingue	distingue
83	18, 19	el graciado Luis el el	el agraciado Luis si el
84	10	diviertiera	divirtiera
98	14	teniéndole	tendiéndole
115	20	las rayos	los rayos
124	17	dejándose	dejándome
125	2	apuel	aquel
129	18	aventureras	aventuras
152	23	escarcelado	encarcelado
165	1	dar con pincel	dar con mi pincel

id. 1200050546

Ayuntamiento de Madrid



ayuntamiento de Madrid

MR
175

BIBLIOTECA HISTORICA MUNICIPAL



1200050546

